

LUISA FERRO

EL POZO DE LAS LUCIÉRNAGAS

DONDE MUEREN LOS DRAGONES DE JADE
LIBRO I

Click
EDICIONES



El Pozo de las Luciérnagas



Luisa Ferro

El Pozo de las Luciérnagas

Donde mueren los dragones de jade
Libro I

Click
EDICIONES

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Luisa Ferro, 2022

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Shutterstock / cleanpublicdomain

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2022

ISBN: 978-84-08-25699-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Para mi madre, Ana, diestra en la lucha y la supervivencia.

*Para los servicios del área de Ginecología Oncológica, Oncología y
Oncología Radioterápica del Hospital Universitario de Fuenlabrada.*

*En especial, a las doctoras Blanca Ludeña Martínez
y Laura Rodríguez Lajusticia.*



Esta novela está ambientada en la China imperial (Imperio medio o Edad de Oro de China), cuando gobernaba la dinastía Song del Sur o Song Meridional (960-1279). La acción coincide con las últimas dos décadas de las incursiones mongolas —de las cuatro que fueron en total— que se llevaron a cabo para conquistar el Imperio del Centro, el único territorio de la etnia *han* a salvo del dominio de Kublai Kan, nieto de Gengis Kan.

Con un elenco de más de treinta personajes históricos y otros tantos de ficción, *El Pozo de las Luciérnagas* llevará al lector desde la capital del Imperio del Centro hasta el último reducto donde los supervivientes de la dinastía Song del Sur buscaron refugio para huir del asedio al que fueron sometidos por los mongoles: la isla de Yaishan. Fue allí donde, según los expertos, acaeció una de las batallas navales más grandes de la historia: la batalla de Yamen.

Esta es, por tanto, una novela contada desde el punto de vista chino, el bando perdedor.



Para la romanización, tanto de los nombres propios chinos como de topónimos o localismos, he utilizado los sistemas Wade-Giles y *pinyin*. Asimismo, he respetado algunos nombres propios o comunes tal y como los hallé en mis búsquedas.

Los nombres y apellidos en chino no se escriben en el mismo orden que en Occidente. El apellido va en primer lugar y a continuación el nombre propio.

Los nombres o apodos de la mayoría de las criadas, eunucos y adivinos están en español.

Para determinar el tiempo en el que se desarrolla la acción de la novela me he guiado por el calendario lunar. Cada lunación (de 28 a 31 días) equivale a un mes.

Al final del libro figura un glosario para indicar el significado de algunas palabras y expresiones chinas. Incluye términos relativos a meses del año y horas del día.



19 DE MARZO DE 1279 DE LA ERA
CRISTIANA
SEGUNDO MES DEL PRIMER AÑO DEL
REINADO DEL EMPERADOR HUAIZONG
DESEMBOCADURA DEL RÍO PERLA
(CHINA).
BATALLA NAVAL DE YAMEN



Las cenizas azules de un imperio flotaban en una densa nube de humo. Eran los restos de las naves de guerra chinas tras la última batalla contra las fuerzas navales de los Yuan, los invasores mongoles. Yo podía oler esas cenizas mientras intentaba respirar; apestaban a «droga de fuego» y a sangre corrompida. El viento arrastraba pavesas y trozos de estandarte. El frío mordía mi rostro como un animal hambriento; sin embargo, el mar ardía y el cielo era un espejo donde las llamas se multiplicaban. Oía, con una nitidez aterradora, los gritos de algunas damas que pedían auxilio agarradas a los maderos que flotaban a la deriva. Otras ya no gritaban. Eran de color añil, con sus hijos colgando todavía de sus pechos yermos. Centenares se habían arrojado al agua cometiendo suicidio. Una forma honrosa de morir, pues serían veneradas como mujeres virtuosas en los altares de sus ancestros.

Ya no distinguía a nuestros soldados. Eran una enorme marea de cadáveres sin rostro. Cerré los ojos aterrada y las imágenes de las últimas horas de asedio volvieron a mí como hojas devueltas por una ráfaga de aire helado. En mis oídos todavía resonaban los cánticos guturales y profundos de los mongoles, el sonido seductor del *morin khuur* exhalando negras melodías que traspasaban el alma.

El choque del acero, el silbido de las flechas sobre nuestras cabezas, el estallido de las «bombas de trueno». Voces ahogadas por el rugido del mar; el ruido sordo de los cadáveres al caer: cuerpos cenicientos a la fría luz de la luna.

Gritos infantiles me devolvieron a la realidad. Una manita asomaba a duras penas entre los remolinos de espuma. Tiré de ella con todas mis fuerzas y un rostro lívido emergió a la superficie. Mi corazón se paralizó. Era el emperador niño Huaizong. Aterrado, se agarró a mí y enlazó sus piernas a mi cintura sin apenas dejarme respirar. Tosía y boqueaba. Tenía unas profundas ojeras y tiritaba sin control.

—¡No dejes que me ahogue, Akame! —gritó desesperado.

Ambos nos hundimos en el agua helada. Jiras de burbujas nos envolvieron. Si no lograba liberarme de su abrazo, nos esperaba la muerte. Me lo quité de encima como pude y me aferré de nuevo al arca de madera. Agité las piernas para acercarme más a su majestad. Mis lotos dorados me dolían a rabiar. Él volvió a tragar otra bocanada de agua. Estaba exhausto, pero logró alcanzar la cola de mis túnicas de seda, que flotaban hinchadas.

—¡Agarraos fuerte al baúl! —supliqué.

Notaba que el arcón se hundía cada vez más.

Por unos instantes, sumidas en la niebla, me pareció escuchar voces entrecortadas por el viento.

«... Señor de los Diez Mil Años...» «... Su majestad imperial...»

Iban y venían como los sonidos estridentes de los cuernos de batalla del enemigo. Herían a victoria.

El emperador niño me miró con los ojos idos, ajeno a la corriente que nos zarandeaba y a las voces traidoras que lo reclamaban para darle muerte. Si lo encontraban, clava-

rían su cabeza en una pica y la exhibirían ante Kublai Kan. En la mirada del Hijo del Cielo pude ver el terror, el miedo cervical que se apodera de aquellos que creen que van a morir con absoluta certeza. He visto ese mismo miedo reflejado en los ojos de los soldados después de varias semanas de asedio. Lo he visto en los enfermos desahuciados, en las mujeres con un mal parto, en los ancianos a los que les ha llegado su hora. Es la fuga de la esperanza; la aceptación de lo inevitable. Una mirada de doble filo donde la claridad de la muerte los hace ser insensibles a la propia vida; indiferentes al dolor. Su majestad estaba tan agotado que se le cerraban los párpados como a una cría de dragón. Imaginé su gran lucha por la vida al verse atrapado entre los fuertes brazos de Lǔ Xiufu, consejero del canciller, que se había arrojado al mar para suicidarse con él y, de ese modo, evitar que lo hicieran prisionero o lo asesinaran de forma deshonrosa.

Elevé una súplica a la diosa Tianhou. Ella entendería mi desesperación por poner a salvo al emperador. Rasgué con los dientes un trozo de mi túnica y se lo pasé por debajo de los brazos, luego lo amarré a los cerrojos metálicos del baúl. Me fijé que llevaba al cuello un cordón con el sello imperial. Se lo quité y dejé que el mar se lo tragara.

La quilla de un sampán se acercó hasta nosotros. Eran los soldados del general Zhang Hongfan, comandante en jefe de las tropas de Kublai Kan. Cubrí el rostro del emperador niño con la amplia bocamanga de mi bata para ocultarlo de ellos. Los largos garfios que utilizaban para comprobar la identidad de los muertos batieron el agua a nuestro alrededor. Cerré los ojos. Noté que la percha se enganchaba en mis vestiduras y me zarandeaba sin piedad. La luz acusadora de un farol descendió sobre mí. Creí desfallecer de pánico. Casi ni respiré hasta que el lar-

go gancho de hierro se dio por vencido y me creyó muerta. Los carroñeros se alejaron dejando tras de sí una estela de sangre.

El mar exhaló un gruñido de protesta. Tal vez tuviese prisa por cobrarse más vidas. Nuestros cuerpos flotarían más allá de la Boca de los Mares, más allá del puerto de Mui Wo y la larga cadena de islas que recorren la península de Leizhou. Puede que aún más lejos. Lo último que verían mis ojos sería el anochecer que ya se intuía entre las columnas de humo y la niebla espesa que comenzaba a engullirlo todo. El susurro de la profundidad de las marismas me arrullaba. Su eterna voz se me metía en las entrañas como si fuese la misma de la comadrona que me vio nacer.

El agua busca el agua. Mi mirada buscaba el agua clara de los ojos de mi amado, pero lo único que hallaba era oscuridad.

Con mi último aliento me aferré a mis recuerdos. Ellos lograrían que me mantuviera cuerda mientras todo se desvanecía a mi alrededor.

Mis recuerdos siempre han estado asociados a los olores y al sonido de los pucheros que hervían en los fogones de la farmacia de mi padre. El olor de la miel, el del vino de arroz amarillo y los vapores del carbón vegetal que se quemaba en los vientres de hierro forjado de los hornillos. A mí siempre me parecieron benignos dragones de enormes fauces. Aquellos hervidores suponían gran parte de mi mundo. Un mundo tan pequeño y cerrado como un suspiro de anciana viuda.

Mi padre era el honorable maestro Zheng. Pertenecía a la quinta generación de una familia de médicos. Esto lo hacía merecedor de un gran prestigio en la ciudad de Lin'an, la capital del Imperio Song del Sur, donde tenía abierta la consulta y regentaba una farmacia. Ambas formaban parte de la planta baja de nuestra vivienda situada en la calle Qinghefang, una de las más bulliciosas destinada a los comercios.

Crecí rodeada de voces. Las que procedían del puerto: una gran dársena donde las gabarras, los sampanes y los juncos navegaban en las aguas del río Qiantang pugnando con los navíos mercantes de soberbias velas que provenían de un brazo del Gran Canal. Ambos discurrían paralelos a la muralla de la ciudad. En torno a los diques de contención se apiñaban las casas flotantes.

El puerto era una jerga de voces extranjeras que se mezclaban con las más familiares: las de los vendedores de pescado, los cacharrereros, los videntes y los rapsodas ciegos. Tenderetes que se extendían a lo largo del amarradero y que se perdían en los comercios de los artesanos: un laberinto de angostas callejuelas.

Tampoco era ajena a otra clase de voces: las que surgían de los bazares que lindaban con la muralla y la entrada sur de la ciudad. Allí estaban las tierras de placer y las cantantes. A las damas nos estaba prohibido hablar de ellas. Tal vez por eso, a mí se me antojaban misteriosas y llenas de secretos. Sus calles albergaban toda clase de mendigos, maleantes, vagos, prostitutas y soldados. Estos últimos celebraban su día de permiso en las incontables casas de té, donde se bebía y se apostaba.

Desde la ventana de mis aposentos se podía contemplar el lago del Oeste. Estaba separado de la ciudad por la muralla. La pagoda de Leifeng asomaba como un guardián magnánimo, envuelta en la bruma que desprendían los bosques de bambú y los alcanforeros de las montañas. Era una delicia para los ojos ver el colorido de las barcas de recreo, con sus toldos bordados y sus vistosas cabezas de dragón en las quillas. A través de mi balcón se colaba el sonido estridente de los címbalos de los bonzos, el del gong de los templos y el canto repetitivo de los sutras. Mi ciudad olía a incienso y a los mil aromas y hedores que irradiaba la vida.

La farmacia de mi padre tenía en la entrada una enorme portada de piedra adornada con dragones y cabezas de león, donde colgaba un letrero de madera de cedro con el nombre de la botica: «Farmacia del Pez de Oro», escrito en elegantes caracteres rojos. Sus puertas daban al patio delantero, cuyo pórtico de aleros acampanados cobri-

jaba varios bancos y mesitas para hacer más confortable la espera de los pacientes. En el centro del patio, y bordeado por un sencillo jardín de plantas ornamentales, había un pequeño estanque con una cascada artificial en miniatura adornada con piedras *caishi*, las llamadas flores de lluvia.

Longyan, mi eunuco, servía té para hacer más llevadera la espera y proporcionaba toallas húmedas en los días de más calor. Se esforzaba en atender sobre todo a las damas. Ellas tenían un espacio aparte, separado por varios biombo para evitar ser objeto de miradas indiscretas. Algunas eran criadas de las damas que pertenecían al séquito de la emperatriz viuda Xie, la consorte del difunto emperador Lizong. Eran sirvientas con pies de loto, nada usuales. Sus pasos eran tan cortos que casi parecían dar pequeños saltitos. Sin embargo, los pies grandes de las criadas corrientes se posaban con fuerza y jamás vacilaban. De cualquier modo, para un médico estaba prohibido examinar a ninguna mujer. Así lo dictaban las leyes confucianas. En la consulta había varias figurillas anatómicas de marfil. Una se desmontaba y podían verse los órganos internos femeninos. Ellas señalaban con un puntero la parte del cuerpo que les dolía y se les tomaba el pulso con un biombo de por medio.

Yo miraba con admiración a las damas desde mi escondrijo. Y parte de aquel entusiasmo se lo debía a Longyan, que solía contar historias sobre la corte a las concubinas de mi padre. Él tenía varios amigos eunucos que trabajaban en la Ciudad Imperial y siempre estaban al tanto de las intrigas que se gestaban tras los altos muros. No era raro que, cada semana, tras la visita que solía hacer a un eunuco llamado Avispa, nos hiciera una relación de todo lo que había acontecido.

—La emperatriz viuda Xie ha encargado que le traigan desde Japón unos botones de plata con incrustaciones de

ámbar. Según las modistas imperiales, son de un gusto exquisito y los llevará en la capa que estrenará en la Fiesta de los Faroles. —Hizo una pausa ante las exclamaciones de asombro de las concubinas. Luego prosiguió—: Avispa también me ha contado que ya han llegado las nuevas telas de seda para las damas de compañía. Hubo un revuelo increíble por una pieza de brocado. Todas la querían. La emperatriz Quan en persona tuvo que poner orden porque ni el jefe de eunucos podía con ellas. Imaginad, señoras, el terrible lío que se formó.

Aquellos chismes hacían las delicias de las dos concubinas y la esposa oficial de mi padre. Yo aprovechaba que estaban entretenidas para escabullirme. Pero siempre era seguida de cerca por Luna de Plata, la criada de Longyan, que apenas era unos años mayor que yo.

Era para mí una costumbre, pues desde que comencé a dar mis primeros pasos me escapaba de las habitaciones interiores destinadas a las mujeres de la casa y bajaba a la farmacia. Me maravillaba contemplar las altas alacenas con los tarros de porcelana alineados contra la pared, las hileras de cajones con los nombres de las hierbas escritos en una exquisita caligrafía. Sacos de arpillera repletos de herbajes de toda calaña y condición. Jaulas con serpientes, sapos, tortugas, gusanos de seda, nidos de golondrina... Serones a rebosar de hongos y raíces de ginseng. Me encantaba colarme en los laboratorios donde los hornillos funcionaban sin interrupción y recrearme con las tajaderas de piedra y los cortadores de afiladas hojas, cuyo sonido me era tan familiar como el olor que emanaban las molineras al convertirlas en polvo. El bullicio que reinaba allí era para mí el aliento de la vida.

Mi padre me enseñó que la medicina tradicional tenía un vínculo con la filosofía, las matemáticas y la caligrafía.

Curar estaba inspirado en el concepto confuciano: «Salvar vidas con amor y actuar con la nobleza del caballero». El lema de nuestra casa era ofrecer productos de primera calidad a precios razonables y jamás engañar al cliente. Estas eran sus premisas y las que seguían a rajatabla todos sus empleados. Pronto aprendí que las fórmulas que se preparaban eran individualizadas. Eso suponía que cada persona, aunque estuviera aquejada de la misma enfermedad, necesitaba una receta diferente.

Fue él mismo quien me inició en la lectura y la escritura con apenas cuatro años. Cuando pude leer con soltura, averigüé que el mundo exterior era grande y cautivador, y que no terminaba en las montañas que rodeaban el lago del Oeste ni en las puertas de entrada a mi ciudad. Y que, ni mucho menos, acababa en las celosías de las habitaciones interiores destinadas a las mujeres. Con diez años ya había leído los Cinco Clásicos del confucianismo, otros tantos volúmenes de poesía clásica e innumerables libros de recetas.

Tampoco resultaba nada extraño verme al final de los bancos donde mi padre impartía clases a un grupo reducido de estudiantes. Desde allí escuchaba y aprendía, a pesar de que los conocimientos de medicina no se transfieren a las hijas, sino a los hijos; aunque era común que se les enseñaran a las nueras, siempre y cuando los descendientes masculinos no desearan dedicarse al oficio. Ellas sí pertenecían a la familia, las hijas, no. Nosotras, al casarnos, pasábamos a formar parte del linaje de nuestros maridos. Por tanto, no esperaba que mi padre me hiciera merecedora del legado de las recetas familiares. Ciertamente yo era su única descendiente y había recibido una buena educación, pero él todavía podía tener hijos varones, dado que disponía de dos concubinas, una de ellas todavía en edad fértil.

Aun así, yo no era del todo ajena a esas fórmulas. Había presenciado muchas veces cómo las elaboraba y, en secreto, comencé a recabar los ingredientes en un librito que guardaba a buen recaudo en el escritorio de mi gabinete de leer, ubicado en una de las pagodas del jardín de los aposentos interiores. Era conocedora de que jamás tendría un aprendizaje formal y que tampoco me estaría permitido acudir a una escuela de medicina por ser mujer. No obstante, sentía fascinación por el oficio de mis antepasados y grandes deseos de aprender.

Tal vez por eso no fui consciente de las graves limitaciones que ello me reportaría en el futuro. Era testaruda, impetuosa y difícil de doblegar. Al menos eso me repetía madre hasta la saciedad, desde mi más tierna infancia.

—No eres un varón, Akame. Las damitas no pueden corretear por ahí como los potrillos. Hablaré seriamente con tu padre para que te prohíba entrar en la botica. O, mejor, reprenderé a tu eunuco con diez latigazos, a ver si ceja en su empeño de alentar tus ensoñaciones. Suerte tiene la dama Zhu de no poder ver lo mala hija que eres.

De todas las consortes de mi padre, la dama Zhu fue la única que le había dado descendencia viva. Por desgracia, murió al darme a luz. Aunque no hubiese sido así, la esposa oficial, la dama Lin, tenía derecho a criarme como si fuera su propia hija, ya que ostentaba el puesto de mayor rango entre las mujeres. Mi educación corría por su cuenta, sobre todo en lo concerniente a las labores del hogar. El aprendizaje en el bordado cobraba especial importancia para nosotras, si bien no estaba mal visto que aprendiéramos algo de caligrafía y dibujo. Sin embargo, nos inculcaban que nuestro destino estaba escrito y que debíamos obedecer las tradiciones. Entre ellas estaban las tres obe-

diencias: «Una mujer debe obediencia a su padre. Luego, al casarse, obediencia al marido y, cuando este fallece, obediencia al hijo», y las cuatro virtudes: el don de la palabra, la apariencia, las labores del hogar y la castidad.

La cualidad de ser virtuosas no era una elección. Según nuestra doctrina, nacer mujer siempre era un castigo por los pecados cometidos en vidas anteriores y conllevaba no ser amadas. No merecíamos serlo. Nuestro único fin era concebir hijos varones y servir a un esposo. Y una buena esposa jamás debía entrometerse en los asuntos de su marido. «Los hombres deben ocuparse de las cuestiones de fuera de casa, y las mujeres de las de dentro del hogar.»

Desde niñas nos repetían que éramos una carga para los padres, pues debían alimentarnos y educarnos para otra familia. Una vez casadas, vivíamos en casa de nuestro esposo, pasábamos a ser parte de su clan y debíamos obediencia absoluta a él y a nuestra suegra.

Como no pude conocer a mi madre natural, la dama Zhu, las esposas de mi padre solo me contaron que su ataúd salió de la casa familiar por una puerta secundaria, como correspondía a una concubina de bajo rango, pues únicamente el féretro de la primera esposa puede hacerlo por la principal. Longyan, sin embargo, me contó el pasado de mi madre cuando comencé a hacer preguntas sobre ella. Me explicó que antes de ser la concubina de mi padre, lo había sido del general Wu Huan. Este falleció en una de las campañas militares de los Song del Sur. Tenía dieciocho concubinas con sus respectivas criadas, y tres eunucos que se ocupaban de ellas. Su esposa oficial, la dama Wu Yao, madre de sus dos únicos descendientes varones, se hizo cargo de la herencia. Eso le daba derecho a disponer del futuro de las concubinas de su marido y de las hijas de estas. Podía venderlas como esclavas o como flores a un

burdel u ordenar que se retiraran a un convento budista para que su manutención no supusiera un gasto.

Este hubiese sido el destino de mi madre de no haber ordenado a Longyan, que por entonces era uno de los eunucos del fallecido general, que fuera a hablar con mi padre, al cual conocía por ser el médico de la familia. Él le suplicó que la tomara como concubina para así impedir su fatal destino a manos de la vengativa primera dama del militar. Padre se apiadó de ella conmovido por el amargo sino que le esperaba y accedió de buen grado a la proposición.

Gracias a los dioses, la viuda Wu aceptó la oferta que le propuso mi padre: una generosa cantidad de piezas de plata, media docena de gansos y varios rollos de seda. No obstante, impuso un requisito: que se llevara también al eunuco que había mediado en la negociación. Lo consideraba un traidor y un espía. No en vano el dicho popular reza: «Jamás te fíes de un eunuco». Aprovechó la ocasión para deshacerse de él. Desde entonces, Longyan pasó a ser el servidor personal de mi madre natural hasta la muerte de esta. Después lo heredé yo.

Era a la dama Lin a la que tenía que llamar «madre», así lo ordenaba la tradición. Sin embargo, Longyan había cuidado de mí desde que nací y le tenía un gran cariño. Tanto que yo solía decir que tenía tres madres: la dama Zhu, la dama Lin y mi adorado Longyan.

Nunca le importó que lo llamara con un nombre de fruta. Yo tenía dos años cuando lo motejé así por primera vez. Él tenía dieciocho. Imagino que se me ocurrió ese apodo al observar en él cualidades muy parecidas a las de esa jugosa fruta, pues era muy dulce y desprendía un delicado aroma a rocío de *meigui*. Solía perfumarse igual que una anciana dama. También se cuidaba el cutis con polvos de jazmín y mantenía una palidez de nácar gracias a las

infusiones de osmanto que tomaba a diario. Poseía una belleza exótica que no pasaba desapercibida para nadie. Sus expresivos ojos tenían un tono inusual. Eran del color de la miel y tan cambiantes que el mote Longyan, «ojos de dragón», le quedaba como un sombrero con alas a un emperador.

No tenía una fisonomía de hombre. Sus rasgos eran diferentes. De hecho, no era varón ni mujer. Desde que tuve uso de razón lo escuché decir que él pertenecía a un género distinto. No tenía barba, su piel era fina, su nuez apenas se apreciaba y poseía una voz aguda, pero preciosa para el canto. A los que eran como él se los llamaba Tong Jing, «muchacho puro», pues fueron castrados de forma absoluta siendo todavía muy niños. Muchos opinaban que los Tong Jing jamás crecían por dentro y que eran niños eternos, altaneros, caprichosos, con tendencia al mal humor y, sobre todo, mentirosos. Otros, sin embargo, los consideraban seres demoniacos, ya que no eran masculinos ni femeninos. En el caso de Longyan, nada menos cierto. Él era alegre y afectuoso y siempre ideaba mil maneras de entretenernos con sus canciones, su música o sus leyendas. Nadie como él para llevar las cuentas de la casa, manejar a los criados y contener las iras y enredos de las esposas de mi padre.

Longyan fue castrado a la edad de diez años. Esta práctica se usaba desde antiguo en muchas partes del mundo. La infligían como castigo para los delincuentes y los prisioneros de guerra, pero también se practicaba entre las familias pobres que no veían otra salida para poner fin a su miseria, pues de ese modo sus hijos varones podían entrar a servir en la corte, en las dependencias de las concubinas, o como criados de grandes señoríos fuera de la Ciudad Imperial.

La emasculación era muy peligrosa, ya que se arriesgaban a morir desangrados o de una grave corrupción en las heridas, incluso también a consecuencia de la obstrucción de la uretra. En cualquiera de estos casos la muerte que les esperaba era terrible.

Muchos eunucos ya ancianos contaban sus vivencias al igual que las ancianas damas solían rememorar sus partos en las habitaciones de las mujeres. Hablaban entre ellos, pero jamás delante de extraños. Los ajenos, a su vez, se guardaban de comentar en presencia de eunucos nada relacionado con esta práctica, pues era considerada tabú.

Cuando tuve la edad suficiente como para no espan-tarme, se me presentó la ocasión de leer sobre ella en uno de los libros de mi padre. La practicaba un especialista, que solía ser barbero. Emborrachaba al paciente para mitigar en lo posible el dolor. Tras ser sujetado por cuatro hombres, se procedía a un vendado prieto en el vientre y en la parte alta de los muslos. Acto seguido, se seccionaban los testículos desde su base, de un corte rápido y limpio, con un cuchillo curvo. Se efectuaba la misma operación con el «tallo de jade». Luego se procedía a introducir una cánula de plomo en el conducto urinario, que había quedado al aire tras la castración, para que no se cerrara y el paciente pudiera expulsar la orina. Por último, se cauterizaban las heridas con cenizas calientes y se colocaba sobre ellas un emplastro de pimienta y sésamo, el cual se sellaba con cera.

La cánula debía permanecer puesta durante tres días, en los cuales el sujeto tenía prohibido hacer pis. Transcurrido ese tiempo, se le permitía orinar. Esa era la señal definitiva de que se salvaría. Otros no superaban esa fase y morían con la vejiga reventada, entre terribles dolores.

La gran mayoría de los eunucos guardaban su *pao* o

tesoros de la virilidad en un tarro de barro sellado con cera para que al morir los enterraran con él, o dejaban dicho antes de su muerte que les cosieran el despojo, pues según la doctrina taoísta ningún hombre puede entrar incompleto en el cielo.

Al año más o menos de haber sido emasculados, ya eran capaces de controlar sus micciones. De no hacerlo, eran castigados por sus amos. Se los sometía al látigo o a la vara de cerezo. Algunos morían a consecuencia de las heridas de los latigazos o quedaban lisiados de por vida. Por eso, muchos solían llevar paños atados a la cintura, para evitar que esas pérdidas de orina se hicieran visibles en los momentos más inoportunos. También se perfumaban en exceso para enmascarar en lo posible el hedor. Muchos eunucos sufrían grandes humillaciones por esta cuestión.

Longyan entró a servir en casa del general Wu Huan poco después de su operación. Fue objeto de una férrea disciplina por parte del eunuco jefe. Le inculcó todo su saber. Así se crió y se formó. Su espalda surcada por las cicatrices del látigo era el testigo mudo de todo el dolor acumulado a lo largo de los años. Él siempre se quejó de que nadie le dio a elegir si quería convertirse en eunuco. Su familia eligió por él. Una familia a la que, después de ser castrado, jamás volvió a ver.

Cuando cumplí los seis años todo mi mundo infantil cambió de repente. La farmacia, el laboratorio, la voz dulce de Longyan cantando una nana, el jardín de las mujeres, sus riñas y reconciliaciones, madre y el sonido de las llaves que colgaban de su cinturón. Pequeñas cosas que me eran familiares y en las que se asentaba mi infancia se desmoronaron como un palacio de arena. El mundo real pasó a formar parte de mi vida de niña. Una realidad que me exigía ser alguien que todavía no era. Había llegado el momento de iniciar el rito de los lirios. Así lo estipuló el adivino que me examinó para elegir la fecha más propicia para vendar-me los pies.

Mi educación cambió de la noche al día. Tuve que empezar a demostrar que era una buena hija. No debía hacer preguntas incómodas y tenía la obligación de aceptar mi destino, fuera el que fuese. Pasaba la mayor parte del tiempo en las habitaciones interiores destinadas a las mujeres.

—Seis años son demasiados para que se rompa el empeine con facilidad —se quejó la dama Lin a mi padre—. Aunque no seré yo quien discuta lo dictado por el adivino. No conviene que la mala suerte se cebe con la familia por desoír el mandato de los dioses.

Supe entonces que, por el mero hecho de haber naci-

do mujer, mi sino sería el sufrimiento y la obediencia. Madre me lo recalcó a diario para que se grabara a fuego en mi memoria. Esos serían los dos signos distintivos que marcarían mi personalidad futura y que demostrarían a la familia de mi esposo que yo era fuerte porque había soporado el dolor del vendado. Ligarme los pies me convertiría en una valiosa candidata para concertar un matrimonio próspero. Con unos pies de loto perfectos, no importaría si no era del todo hermosa.

Madre contrató los servicios de un «vendador de pies» de bastante prestigio en Lin'an. Ella decidió que sería mejor para todas las mujeres de la casa que lo hiciera alguien ajeno.

—Akame, ya sabes que, si te niegas, deshonrarás a tus antepasados y a tu padre —rezongó—. Él se verá obligado a desposarte con un hombre de menor rango que el tuyo. Y, quién sabe, puede que acabes siendo una *san po tsai*.

Ser una niña esposa era lo peor que podía pasarle a una mujer. Era colocarla en una escala más baja que la de una concubina del peor rango. Todos los miembros varones de la casa tenían derecho a yacer con ella a su antojo y sería tratada peor que una esclava. La mayoría de ellas se veían obligadas a cuidar a sus futuros maridos, pues solían ser cinco o seis años menores.

No creí a madre cuando me dijo algo tan cruel. Mi padre jamás permitiría que me vendieran a otro clan.

Y aunque las niñas de familias acomodadas sabían que tarde o temprano les llegaría el vendado de los pies, yo tenía un miedo atroz. Había escuchado hablar de ello a las criadas, pues, a pesar de que ellas no lo hubiesen vivido en carne propia, sí habían sido testigos de muchos vendados. Todas ellas coincidían en que era algo espantoso. Además contaba con la mala experiencia de haber visto morir a

varias niñas en la consulta de mi padre a consecuencia de múltiples complicaciones en el proceso: gangrenas en las piernas o dolencias que se habían derivado a otros órganos internos del cuerpo.

En la mayoría de los casos las pacientes morían. Otras pequeñas salvaban la vida, pero sufrían graves deformidades en los pies que les impedían andar.

En mi caso, el rito de los lirios fue algo terrible. El proceso principal duraba alrededor de seis meses y se dividía en cuatro fases: *shi chan* (la puesta a prueba), *shi jin* (el forzado), *jin chan* (cigarra) y el *guo wan* (terminación). Imposible olvidar el crujido de mis dedos al romperse y el olor nauseabundo de la carne podrida. Me cambiaban los vendajes cada día. Me sumergían los pies en agua caliente y los frotaban con alumbre. Cada semana me cortaban las uñas para que no se clavaran en la planta del pie. El vendado en forma de ocho se apretaba cada vez más hasta adaptar el pie a la forma deseada: el de un capullo de loto. Estrecho y puntiagudo. Me los masajearon y los suavizaron con ungüentos olorosos. Otra venda, atada de igual modo, arqueaba el empeine, llevando el talón hacia mis cuatro dedos doblados. Me forzaron a llevar dos juncos bien atados para que se doblaran. El dolor se acrecentaba al caer la tarde. Fueron incontables mis noches en blanco. El pobre Longyan no se movía de mi lado, me contaba historias fantásticas para que me olvidara del sufrimiento y me enseñó a jugar al ajedrez, al *mahjong* y al *go*. Creí que no sobreviviría a esos primeros meses.

Mi eunuco oraba en silencio ante la estatuilla de Guanyin, diosa de la misericordia y la fertilidad. Las concubinas bordaron zapatitos en miniatura y se los ofrendaban con devoción. Todas las mujeres de la casa me animaban con frases cariñosas y vaticinios de un futuro maravilloso que a

mí se me antojaba muy lejano. Me ofrecían melón glaseado de Guangdong, pastelillos de arroz glutinoso, ñame relleno de dátiles o pasteles de judías dulces.

—Sé fuerte, Akame —me alentó madre—. Piensa que cuando te vean caminar, la imagen que recrearás en la mente de todos los hombres será la de un tierno sauce agitado por la brisa primaveral.

La dama Yan, la primera concubina, me colocó otro cojín bajo los pies y me acarició la frente.

—Tu marido se volverá loco de pasión. Entonces, todo tu sufrimiento se verá recompensado.

¿Mi marido? ¿Pasión? ¿Qué podía saber yo de todo eso con apenas seis años?

La segunda concubina, la dama Lixue, se tumbó junto a mí y me cogió la mano con dulzura.

—Cuando estés frente a tu suegra, lo primero que querrá ver serán tus pies. Te subirá el dobladillo de la falda con su larga uña de oro y comprobará que sean tan pequeños como la palma de su mano. De no ser así, llenarás de vergüenza a la familia de tu esposo.

Había un repertorio de más de cincuenta y ocho expresiones, ordenadas en cinco formas, para definir los pies vendados: pétalos de loto, luna nueva, bóveda armoniosa, sombra de bambú, castaña de agua... Y una escala del uno al nueve para designar su categoría. Tanto madre como el resto de las concubinas fueron enseñándome cómo debía proceder en el cuidado de los pies, pues ellas, a su vez, habían sido aleccionadas por sus madres o por las matronas de su casa natal. Me mostraron los trucos en el vendaje para que la presión estuviera compensada y no se cortara la circulación de la sangre e impedir así que se formara la gangrena o el pus. Cómo cortarme las uñas evitando en lo posible las heridas. También insistieron en el modo de

darme los masajes y en la frecuencia de los baños aromáticos para mitigar el mal olor, aunque en la práctica sería Longyan el encargado de llevarlo a cabo.

La cruel verdad era que mis pies tendrían que estar vendados el resto de mi vida, embutidos en diminutos zapatos de seda que jamás me quitaría ni para dormir. Mi marido nunca podría verlos sin las ligaduras, pero sí tocármelos y fantasear con ellos en los juegos de alcoba.

Cuando al fin mis pies dejaron de crecer y los empeines se arquearon completamente, yo tenía doce años. A partir de ese momento mi educación se intensificó. El bordado copaba gran parte de las horas del día. Pero yo no descuidé mis estudios de medicina tradicional. No lo hice ni en los peores momentos. En cuanto me fue posible caminar, bajé a la escuela de mi padre y volví a mi puesto, al final de la sala, como oyente. La única diferencia fue que Longyan colocó un biombo al fondo del aula y puso un diván para que yo pudiera echarme sin ser vista.

Mis pies ya no eran los mismos. Mi cuerpo había crecido ajeno a esos apéndices diminutos y torpes. Presentía que, si no hacía algo para remediarlo, las piernas terminarían siendo tan delgadas como palillos a causa de la inmovilidad forzada. Serían iguales a las de la dama Lin y las concubinas: esquejes raquíuticos. Tomé la decisión de fortalecerlas a base de paseos por el jardín. Con el paso de los años logré que se volvieran más fuertes y cuando cumplí los diecisiete ya no me limitaba a caminar por los jardines interiores de las mujeres. Hacía incursiones hasta el patio de mi padre, donde estaba su pabellón del té. Él solía recibir allí a sus amigos más íntimos y los obsequiaba con bellas cantantes. Bebían vino *samshoo*, charlaban y reían hasta altas horas de la madrugada. No era ningún secreto, aun-

que él intentaba que esas fiestas fueran de lo más reservado. Para ello, incluso prescindía de los criados.

Longyan, al ver que me acercaba demasiado al pabellón, se cuadró ante mí cortándome el paso.

—Amita, creo que ya habéis caminado bastante por hoy. Pronto sonará el gong anunciando la hora del cerdo. Vuestro padre tiene invitados. No sería aconsejable que os descubriera. Se enfadaría mucho y lo avergonzaríais.

Le chisté para que guardara silencio.

—Solo un ratito más, Longyan. Hace demasiado calor para dormir.

Me acerqué sigilosamente hasta una de las puertas correderas, que estaba entreabierta. Se escuchaba una música suave de fondo y las voces de mi padre y sus amigos. Eran más fuertes de lo acostumbrado y nadie reía como otras veces. No hizo falta acercarme demasiado para escuchar lo que decían.

—Todavía no nos han declarado la guerra formalmente —dijo Xiong Kun, uno de sus alumnos predilectos.

—No seas ingenuo —le contestó Jintao Huo, el comerciante de tinta—. Sin las ciudades gemelas de Xiangyang y Fancheng ya no hay obstáculos para Kublai Kan. Hanyang y Vuchan caerán también. ¿Cuánto crees que tardarán en llegar a la capital?

—Todavía hay esperanza —respondió el maestro Cao, amigo de mi padre—. El emperador ha mandado a Lü Shimeng a negociar con los mongoles. Implorará el regreso del comandante Lü Wenhuan para así pactar una tregua.

—No logrará nada de él —se apresuró a responder Jintao Huo—. ¡En el clan Lü solo hay traidores! La corte depositó demasiada confianza en ellos. Las tres fronteras estaban protegidas por gente de su clan.

—No estoy de acuerdo —rebatíó el estudiante—. Los Lü han rendido las ciudades después de cinco largos años de asedio. Las provisiones y los suministros no llegaban. El cerco de los mongoles era inamovible. Sus armas eran poderosas y sus fuerzas navales también.

—Tan poderosas como la tentación de rendirse al enemigo a cambio de nombramientos y de oro —dijo mi padre—. Sé que tu admiración hacia los Lü es grande, joven Xiong, y tu objetividad está nublada, igual que la de la corte. Ellos también creyeron que la lealtad de los Lü sería tan fuerte como la confianza que depositó en ellos el emperador Duzong. Hay que aceptarlo: nos ha vendido a Kublai Kan. Abrirá camino al enemigo hasta Lin'an. Ese traidor conoce a la perfección los puntos débiles de nuestras defensas y se los mostrará uno por uno hasta que consigan la rendición absoluta del Imperio.

Se hizo un silencio tenso en el que solo se escuchó la suave melodía de la *pipa* que tocaba una cantante. Longyan me dirigió un gesto apremiante para que nos fuéramos de allí, pero yo no le hice ningún caso. Estaban hablando de guerra. Yo no era ajena a ella. La conocía a través de las narraciones de algunos libros que había leído y también de las lecciones de historia que solía impartirme Longyan. En ellas se hablaba de traiciones, de la ambición desmedida de algunos hombres, de masacres, violencia y destrucción. Imaginando aquello se me erizaba el vello de la nuca. No pude evitar seguir escuchando.

—No será así —le contestó el maestro Cao—. Los Song llegarán a un acuerdo económico con los mongoles y todo volverá a la normalidad. Se les incrementarán los estipendios de oro y seda y aceptarán pactar.

—Te equivocas, amigo mío. Esos tiempos pasaron. Ya no se conforman con unas migajas. Lo quieren todo. He

oído que Kublai Kan anhela ser el emperador de China. No desea fronteras que limiten sus reinos.

Al escuchar ese nombre de nuevo, la curiosidad me pudo.

—Longyan, ¿quién es Kublai Kan?

Él cabeceó, reprochándome ese defecto tan mío, pero no se negó a contestarme.

—Es un bárbaro que toma el té con sal y viste a la manera china.

Le regalé un gesto escéptico.

—Ya no soy una niña, Longyan, y esto no es un cuento para entretener a las concubinas de mi padre mientras bordan —le reproché muy seria—. Dime quién es.

—Es un demonio como lo fue su abuelo Gengis Kan. A ese sí lo conocéis. Os hablé de él en una de las clases.

Hice memoria y asentí. Era un bárbaro que pasaba a cuchillo a sus prisioneros y empalaba a todo el que se le opusiera. Había conquistado grandes territorios a sangre y fuego. Solo la muerte lo separó de conseguir su sueño: sentarse en el trono del mundo.

—Las ciudades gemelas son la puerta del río Yangtzé —me explicó—. Son los bastiones de nuestro Imperio. Con ellas bajo el control de los mongoles tienen el camino libre para llegar hasta Lin'an y apoderarse de la capital. Obligarán a la Cámara de los Zhou a rendirse. Ya habéis oído a vuestro padre, quiere convertirse en el emperador de China y no se detendrá ante nada ni ante nadie.

Sentí un gran escalofrío. Noté en el gesto de mi eunuco un atisbo de arrepentimiento por haber usado demasiada vehemencia al contarme aquello. Ambos prestamos atención a lo que decían dentro del pabellón. El ambiente se estaba caldeando todavía más.

—Han salido a la luz dolorosas verdades sobre nuestro

canciller Jia Sidao —dijo en tono grave el comerciante de tinta.

—Son rumores malintencionados para hacerlo caer en desgracia —defendió el estudiante.

—No lo creo, muchacho —intervino el maestro Cao—. Hace cinco años, en la campaña militar de Yozhou, nuestro canciller aseguró haber derrotado al ejército mongol, pero no fue así. Mintió vilmente. Lo que ocurrió en realidad fue que Kublai se vio forzado a retirar sus tropas porque recibió la noticia de la muerte de su hermano Mongke y era imprescindible que acudiera a Mongolia para la elección de un nuevo kan. De ahí que decidiera firmar una tregua con Jia Sidao. Este quiso apuntarse una victoria que jamás existió. Mintió al Consejo Dinástico. Su majestad imperial Lizong murió sin saber la verdad de este feo asunto. Y no solo eso. Cuando se produjo la sucesión imperial y él tuvo que renunciar a sus puestos, tal y como manda la tradición, hizo creer a todos que los mongoles habían organizado una invasión a gran escala. Esto provocó el pánico en la corte e inmediatamente recobró sus cargos. Una inteligente maniobra, sin duda, pero carente de todo honor y cordura.

—¡Si eso que dices es cierto, el Grillo tiene los días contados! —exclamó Jintao Huo.

Miré a Longyan perpleja ante el apodo del canciller.

—¿Grillo?

—Sí, amita. Así lo llaman a sus espaldas. Es un gran entendido en insectos, incluso escribió un libro sobre peleas de grillos.

El tono de la conversación creció por momentos.

—Si tanto abogas por el honor de nuestro primer ministro —prosiguió mi padre—, tendrás que esmerarte en el empeño, mi buen Xiong. Tú, como alumno aventajado

de mi escuela, estarás al tanto de los males que aquejan a su majestad el emperador. Ese mal de fuego en el estómago que lo atormenta desde hace tiempo no es más que el fiel reflejo de los excesos a los que ha sometido su cuerpo. Una vida licenciosa que Jia Sidao ha promovido desde que el Hijo del Cielo no era más que un joven. La indolencia de nuestro emperador es fruto de la falta de motivación para gobernar.

—Eso que estáis diciendo es muy grave, maestro Zheng —dijo el estudiante.

—No soy ningún traidor al llamar a las cosas por su nombre. Estoy siendo franco. ¿Acaso mi joven alumno se siente intimidado por esta muestra de confianza?

Xiong no contestó.

—No es mi intención ser ave de mal agüero —prosiguió mi padre tras su silencio—, pero me temo que la corte no va a quedar impasible ante estos rumores que cada vez cobran más fuerza. El pánico a una invasión se extenderá como una mancha de tinta y me temo que rodarán cabezas.

—¿Habláis de una sublevación en la corte?

Antes de contestarle, mi padre se levantó para coger más vino y le sirvió.

—No lo sé. Solo espero que la cordura prevalezca por encima del gusto de algunos por el sabor amargo de la sangre. No es momento de luchas internas, sino de permanecer unidos y frenar el avance de aquellos que nos odian y desean nuestra aniquilación. En esto no hay disputas, todos amamos esta tierra. El Imperio del Centro es nuestro hogar.

Temblé de la cabeza a los pies ante aquellas palabras. Longyan me ofreció su antebrazo para que me apoyara.

—Amita, no debéis preocuparos. Las guerras son muy

largas. Nuestro ejército arrasará a los mongoles y jamás invadirán Lin'an.

De repente, la corredera del pabellón se abrió con un movimiento rápido. Me faltó el aliento pensando que mi padre aparecería allí y me descubriría, pero respiré hondo al comprobar que quien se asomaba era el estudiante Xiong Kun. Sus ojos se detuvieron en los míos igual que los de un astuto gato al descubrir un ratoncillo curioso. Al percatarse de que era yo, sonrió.

Había tenido suerte. Xiong Kun era como un miembro más de la familia. Llevaba años siendo el aprendiz predilecto de mi padre. A pesar de pertenecer a una familia muy modesta, donde no había médicos, se había ganado el puesto a pulso. Era muy estudioso y trabajador. Mi padre lo apreciaba de veras.

Me apresuré a rogarle silencio con un gesto. Él correspondió a mi apuro con una mueca de complicidad. Entornó la puerta corredera y nosotros nos alejamos rápidamente del jardín.

Al entrar en mi aposento me encontré con la sorpresa de que madre me estaba esperando sentada frente al tocador. Me dio la impresión de que andaba fisgando mis cosas. Cuando se dio cuenta de mi presencia, me dirigió ese mohín tan suyo de eterna amargura. Cogió uno de mis abanicos y se dio aire mirándome fijamente.

—¿Dónde has estado, Akame?

Longyan se apresuró a responder.

—Hemos dado un paseo por el jardín, mi señora, hacía mucho calor y...

—No creo haberte preguntado a ti —arguyó ella cortante, con una mueca de advertencia.

—Madre, es tal y como dice Longyan. Tenía mucho calor.

—Sabes que no debes maltratar tus pies con largos paseos. Una damita no debe salir de noche fuera de sus aposentos. Si tienes calor, manda a tu eunuco que te abanique o que te ponga hielo en las muñecas.

—Así lo haré la próxima vez. Pero es que...

—Recuerda que el silencio es la mejor virtud de una dama —me recriminó sin levantar el tono de voz, mirándome a los ojos con frialdad—. Esta tarde he hablado con tu padre. Está de acuerdo conmigo en que ha llegado la hora de buscarte marido. Ya tienes diecisiete años. A tu edad yo había dado a luz dos hijos varones y tuve la desgracia de verlos morir.

Sentí un vuelco en el estómago. Una mezcla de sentimientos difícil de definir. ¿Un marido? En los últimos meses mi padre había coqueteado con la idea de que, si él no lograba engendrar un heredero, me buscaría un novio entre sus aprendices de medicina. Un joven que tuviera las dotes necesarias para considerarlo como un hijo y que estuviera dispuesto a ser adoptado por él. Este llevaría el apellido de mi familia y heredaría todos sus bienes. Y me constaba que entre sus estudiantes había varios candidatos bastante dignos que estarían muy honrados en aceptar su propuesta. Esta opción me permitiría seguir viviendo en el hogar familiar y proseguir con mis estudios de medicina. Todo el esfuerzo de mi familia por educarme no se iría a otro clan, se quedaría en el hogar de los Zheng. Incluso bromeó con la posibilidad de que yo misma eligiera al aspirante.

Respiré hondo, sofocada por la emoción, el temor y la duda. Yo, secretamente, ya tenía a mi preferido. Xiong Kun era muy apuesto y educado, además de un estudiante ejemplar.

—¿Y padre ya ha elegido quiénes serán los candidatos?

Ella apretó los labios en una fina línea. Parecía no comprender.

—Me refiero a los estudiantes de medicina seleccionados... —dejé caer ante su extrañeza.

—Tu padre ha desechado esa ridícula idea —dijo con indolencia—. Tiene otros planes más ventajosos para la familia. El yerno de los Zheng no será un aprendiz de medicina. Ya es hora de que tus caprichos lleguen a su fin y empieces a comportarte como una buena hija.

No podía creerlo. El corazón me latía en las sienes.

—Madre... Estudiar medicina no es un capricho. No hay nada que desee más que quedarme en esta casa, con mi familia.

—Creo haberte educado bien. Te he enseñado de qué modo debe comportarse una dama y todas las normas relativas a la etiqueta. En qué momento debes hablar y cuándo no. Te he transmitido todo lo que sabía sobre pautas de conducta y cortesía. Harás lo que se te ordene sin rechistar. Pasado mañana vendrán la casamentera y el adivino. Intentarás mostrarte ante ellos elegante y educada. Si me avergüenzas, te pesará.

—Pero... Siempre pensé que me buscaríais un marido que estuviera dispuesto a llevar el apellido Zheng y que tomara las riendas del negocio cuando padre faltara. ¿Quién se hará cargo de las recetas familiares si yo me marcho de aquí?

Ella hizo un gesto de condescendencia sin dejar de jugar con las varillas del abanico. A pesar de superar con creces la cincuentena, aún era hermosa. Su talle era el de un tierno bambú y su cabello conservaba un intenso tono negro.

—La dama Lixue está embarazada —anunció sin preámbulos—. Dará a luz en «el último mes». Tu padre

está muy ilusionado y cree que será un varón. Y si no lo es, ella podrá intentarlo de nuevo. Es joven todavía.

Se levantó con la elegancia de una emperatriz y dejó el abanico sobre el tocador.

—Buenas noches, mi preciosa *guixiu*. —Dedicó a Longyan una leve inclinación de cabeza a modo de despedida y salió de mis aposentos.

Odiaba que me llamara *guixiu*. Ese era el apelativo cariñoso que les asignaban las matronas a las recién nacidas. Significaba «belleza destinada a los cuartos interiores». Era su forma de recordarme que mi sitio estaba entre las mujeres. Y que ni siquiera se me ocurriera asomarme al mundo de los hombres.

Antes de acostarnos, Longyan oró de cara a la pared como hacían los monjes budistas. Luna de Plata, sin embargo, se metió en su futón en cuanto madre salió del cuarto. Ella dormía en el suelo, al igual que Longyan. Cuando mi eunuco terminó sus rezos, extendió su colchón a los pies de mi cama y me dijo:

—Mañana acudiremos al templo del Alma Escondida, amita. Donaremos algunos *jín* de aceite para las lámparas y varios *qián* más para mechas. Pediremos a los bonzos que las mantengan encendidas varios días. Rogaremos por un matrimonio ventajoso para vos y por la paz del Imperio.

Yo asentí con tristeza mientras soplabla la vela y daba las buenas noches.

Pero era incapaz de dormir. Demasiadas emociones juntas. Me sentía despreciada como hija. La posibilidad de la guerra atenazaba mi corazón, y la incógnita sobre quién sería mi marido invadía mi espíritu provocándome una sensación de miedo y angustia. A través de la ventana llegaban el canto de los grillos, el penetrante aroma del osman-to, las voces apagadas de los criados de la farmacia, que

jugaban al *mahjong* mientras hacían guardia... Cualquiera otra noche, eso hubiese sido suficiente para arrastrarme al sueño.

Luna de Plata se levantó, seguramente alertada por mis suspiros y el ruido al removerme en el colchón. Se acercó al tocador y cogió el frasco de linimento de *baiyao*. Luego se subió a la cama y se arrodilló a mis pies para darme masajes en las piernas. Al poco me quedé al fin dormida.

Al día siguiente, Longyan me despertó más temprano de lo habitual. Me ofreció un cuenco de agua caliente con varias hojas de té para enjuagarme la boca y me acercó el bacín y una toalla húmeda. Luna de Plata me quitó los escarpines de dormir y me puso los zapatos de seda púrpura bordados con peonías. Luego esperó pacientemente junto al tocador, al tiempo que mi eunuco llenaba la palangana con agua de la tetera y le añadía unas hojas de limonero. Ambos se dieron la vuelta cuando comencé a asearme. Entretanto, Longyan me fue poniendo al corriente de las novedades del día.

—He hablado ya con vuestra madre. Nos da permiso para acudir al templo. Me ha entregado doscientos *qián* para sus ofrendas particulares. Al oírla, las concubinas también me han dado algunas sartas de monedas. He llenado una bolsa entera con las peticiones de todas las mujeres de esta casa. He mandado a la cocinera que nos prepare algún platillo ligero y varios aperitivos fríos. Tendremos que comer por los alrededores del templo. El viaje es largo, pero regresaremos antes del anochecer.

Una vez seca, y tras ponerme la ropa interior, me vestí con un sencillo *hanfu* de seda color albaricoque con bordados de colibrís y le pedí a Luna de Plata que me anuda-

ra la ancha faja con un gracioso lazo. Me senté frente al tocador y Longyan me peinó con un recogido en la parte delantera de la cabeza, sujeto con varios pasadores de flores, y el resto del cabello me lo dejó suelto. Mientras me lo cepillaba para darle brillo, bromeaba.

—Dentro de poco ya podréis llevar un recogido alto como las damitas que están prometidas.

Luna de Plata se tapó la boca para ocultar una risilla floja. Seguramente ella ya estaba al tanto de mi futuro compromiso. Puse los ojos en blanco y meneé la cabeza con hartazgo. A partir de ese momento me esperaban una buena retahíla de bromas y consejos bienintencionados por parte de las mujeres de la casa. Era algo ineludible.

Antes de desayunar, llevé las ofrendas al altar familiar y prendí una varilla de incienso para mostrar mis respetos a los ancestros. Pensé que, para bien o para mal, mi vida iba a cambiar. Cuando me marchara de mi hogar natal ya no podría orar a los antepasados de mi padre, tendría que honrar a los de mi esposo. ¿Quién se ocuparía entonces de poner un cuenco de arroz junto a la tablilla espiritual de mi madre, la dama Zhu?

Tras desayunar un buen tazón de *congee* y varias ciruelas saladas nos dispusimos a salir por una de las puertas traseras que daban al jardín. Longyan me recordó que me llevara un chal grueso y mi capa forrada de piel de conejo por si refrescaba al atardecer. Me eché al hombro mi pequeña caja de hierbas y remedios. Nunca salía de casa sin ella.

Luna de Plata colocó en el palanquín la cesta de comida y se apresuró a tomar asiento.

—Lo lamento, muchacha —le dijo Longyan, haciéndole un gesto para que saliera de la silla de manos—. Será mejor que te quedes aquí y limpies el cuarto de la amita.

Cuando acabes, ve a la cocina y ayudas con la comida. Recuerda que pronto te buscarán un marido y si él comprueba que no sabes ni preparar una sopa, te molerá a palos. Aplícate en aprender, porque si no puede que acabes en la casa de un carnicero.

Ella se encogió de hombros como si aquello no le importara lo más mínimo. Sin embargo, a mí me dio un escalofrío. Un carnicero era considerado impuro por el hecho de dar muerte a los animales. Ser su esposa suponía un deshonor. Luna de Plata sería vendida a cualquier hombre que pagara el precio estipulado y tendría suerte si algún criado de otra casa se mostraba interesado por ella y su amo accedía a pagar lo acordado. A mí no me permitirían llevármela a la casa de mi futuro marido, puesto que en realidad era la criada de Longyan y la perdería al venirse a vivir conmigo. Él me pertenecía y era parte de mi dote. Donde fuera yo, iría mi eunuco. Me alegré por ello. Desde que nací, jamás se había separado de mi lado.

Tras salir del patio, la silla de manos avanzó a través de las callejuelas de los comercios. Hasta mí llegó el chapoteo incesante de las gabarras y los juncos que intentaban hacerse un hueco para avanzar por los canales de agua que atravesaban la ciudad desde el suburbio sur al suburbio norte. Lin'an tenía más de una veintena de canales con sus correspondientes esclusas, puentes y dársenas de carga y descarga. Desplazarse por ellos era la mejor opción para llegar a los distintos mercados, a las calles principales y a las siete puertas de entrada que custodiaban la muralla.

Salimos por la puerta noroeste, que daba al lago del Oeste. Mientras lo bordeábamos, descorrí la cortinilla al escuchar los golpes de las palas de madera de las lavanderas. Algunas cantaban. Sus voces se enredaban con el sonido de las campanas de los templos y el trino de los pájaros.

Mis ojos se perdieron en las redes llenas de los pescadores, en sus sencillas balsas de bambú. Un grupo de niñas recogían junquillo para hacer cestos. Otras recolectaban hierba y pequeñas ramas que luego pondrían a secar al sol para alimentar los fogones. Pensé que ellas no necesitaban palabras para entender a sus madres: leían sus gestos y sabían lo que tenían que hacer. Pisaban el cieno oscuro del lago con los pies descalzos. Imaginé cómo sería la sensación de notar la arena al enredarse entre mis dedos. ¿Había yo sentido alguna vez algo parecido? Por unos instantes envidié a aquellas niñas de pies grandes y piel tostada por el sol.

Los porteadores nos dejaron lo más cerca posible del templo del Alma Escondida. Estaba situado al noroeste del lago, oculto en un estrecho valle entre dos cumbres, la montaña Wulin y el pico Beigao, y rodeado por colinas, bosques de alcanforeros y espesos campos de bambú. A nuestra izquierda había un riachuelo del cual emanaba una densa neblina que se extendía a través de las rocas que adoptaban extrañas formas. Unas semejaban dragones surcando los cielos, tigres al acecho de una presa o monos en traviesas posturas. Longyan no dudó en llevarme a cuevas cuando el camino se hizo demasiado escabroso para mí o los pasadizos que atravesábamos se me hacían imposibles de cruzar. Por suerte no había mucha gente, porque no era un día de celebración, y nuestra subida fue tranquila y amena. A través de las riberas y en las faldas de las colinas nos salían al paso cuevas y tallas budistas esculpidas en la propia roca caliza. Surgían de las paredes, al abrigo de la oscuridad de los senderos, y se extendían laadera arriba hasta la cumbre. Algunas esculturas parecían mirarme severamente desde las alturas.

Al otro lado del puente que cruzaba el riachuelo se

encontraban los diferentes pabellones y templos, todos ellos con sus correspondientes salas de meditación. Era bastante común que llegaran peregrinos de otras ciudades. Incluso algunos se hospedaban allí durante días para realizar un retiro espiritual. El aire estaba cargado del perfume de las varillas de incienso que se quemaban en grandes trípodes de bronce. Algunos fieles escribían sus peticiones a los dioses en pequeños papeles y las depositaban en los altares de los templos.

Nos detuvimos ante el Bodhisattva Maitreya, rodeado de madreselvas. Era tan grande que tuve que alzar la vista para abarcarlo con la mirada. Me sonreía con indulgencia.

Proseguimos camino hasta la cueva de la diosa de la misericordia. Decidimos entrar para hacer nuestras ofrendas. La gruta era angosta y sinuosa. Se apreciaba un estrecho sesgo de luz que provenía de una grieta abierta en el techo. Todo el mundo la conocía como el Hilo de los Cielos. Y no siempre era visible. Las velas del altar otorgaban algo más de claridad y nos guiaron hasta Guanyin. Su figura se alzaba omnipotente sobre un pedestal horadado en la misma roca. El verdín lo cubría todo y la humedad del río nos envolvió con su frescor. Su murmullo cobraba fuerza en el interior de la caverna. Era tal la sensación de sosiego que sentí, que tardé algún tiempo en darme cuenta de que no estábamos solos. Un grupo de muchachas se arremolinaba en torno a una joven que sollozaba. Estaba apoyada en el saliente de una roca, junto a la hilera de diminutas estatuillas que surgían cerca del techo. Al vernos, se mostraron turbadas. Por su atuendo sencillo, imaginé que eran campesinas o criadas. Caminamos hacia la figura de la diosa con toda discreción, pero mis ojos resbalaron hacia el pañuelo ensangrentado que llevaba en la mano una de ellas.

—Disculpad, ¿os sentís bien? —les pregunté.

Todas bajaron la mirada. La que lloraba me contestó.

—Me he resbalado con la humedad del suelo y me he cortado con la arista de una roca.

Quitó la mano que cubría la mancha de sangre de su túnica.

Me acerqué hasta ella. Sus amigas se hicieron a un lado para dejarme pasar.

—Permite que te cure —le dije armándome de valor—. Tengo algunas vendas en mi caja. Soy hija del honorable maestro Zheng. Tiene abierta una consulta en Lin'an.

Ella me miró un tanto extrañada, sin hacer ningún gesto que me diera a entender que conocía a mi padre. Tras un titubeo, pidió a una de sus amigas que acercara un par de asientos de tijera. La joven se apresuró a desplegarlos y la ayudó a acomodarse. Yo me senté frente a ella. Luego miró recelosa a Longyan. Le pedí a mi eunuco que saliera unos instantes. Obedeció con una pequeña inclinación de cabeza.

—Eres muy niña —me dijo la muchacha—, ¿no te da miedo la sangre?

Negué enérgicamente con la cabeza y sonreí.

La sarga de su *hanfu* estaba rasgada. Se lo levanté muy despacio para que no se sintiera intimidada. Procedí a levantarle también el *zhongyi*. Me extrañé al comprobar que era de satén de seda. Fruncí el ceño. Aquella ropa interior no correspondía al barato tejido de su vestimenta ni al sencillo alfiler de madera que sujetaba su cabello. Mis ojos se detuvieron en sus pies. Llevaba unas zapatillas de basta arpillera, pero eran tan diminutos como los de una dama.

Ella misma se bajó la media para dejar al aire la herida. Me fijé en la finura de la piel de sus manos. Eran delicada-

das, con una perfecta manicura. Centré mi atención en el feo corte de su muslo derecho. Contuve la hemorragia presionándolo con un lienzo. Apenas se atrevió a mirar. La sola visión de la sangre la espantaba, al igual que a sus amigas, que lanzaron una exclamación.

La joven les hizo un aspaviento para que nos dejaran a solas.

—La sangre es muy escandalosa —le dije para tranquilizarla—, aunque la herida no reviste gravedad.

Se la limpié con agua de rosas y le puse un poco de unguento de miel y jengibre. Luego le coloqué un apósito y se lo vendé alrededor del muslo para sujetarlo. Cuando terminé, le entregué el tarro de pomada, dispuesta a darle mis recomendaciones.

—Es conveniente lavarla a diario, poner un poco de este unguento para que no se emponzoñe y cambiar las vendas hasta que cierre. Después es mejor que esté al aire para que cicatrice bien. Con el tiempo, apenas se notará.

—Así lo haré, honorable sanadora —dijo con una leve inclinación de cabeza al tiempo que sacaba de la bocamanga de su túnica un pañuelo atado y me lo ponía en las manos con un gesto de gratitud—. Esto es en pago a tus servicios.

Me sentí abrumada, más por el título que me había otorgado que por su generosa dádiva. Un calor sofocante se adueñó de mis mejillas.

—Yo... Jamás he cobrado honorarios. Mi deseo es sanar y salvar vidas, solo eso —le respondí, devolviéndole el pañuelo.

Ella sonrió y volvió a ponérmelo en las manos.

—Nobles ideales los tuyos, muchacha. Por favor, no desprecies mi plata. Me sentiría muy ofendida. Has hecho un buen trabajo y las medicinas son caras.

Ante sus palabras, no tuve más remedio que aceptar el pago. En mi fuero interno me sentí halagada. Era la primera vez que alguien ajeno a mi casa natal alababa mi trabajo.

Dio varias palmadas y al momento sus amigas regresaron junto a ella. Luego se dirigió a mí:

—Ya puedes ordenar a tu eunuco que entre. Parece muy educado y elegante. No te ofendas. Resulta extraño que alguien de tu posición tenga uno. No imaginaba que ejercer la medicina diera para tanto. Tu padre debe de ser un médico muy afamado en Lin'an, y muy rico, al parecer.

—Mi padre en verdad es un gran médico y goza de mucho prestigio, pero el eunuco no es de su propiedad. Es mío. Lo heredé al morir mi madre. Bueno, es una larga y triste historia...

—Todas tenemos largas y tristes historias que contar —dijo animándome a proseguir.

Le relaté ese pequeño pasaje de la vida de mi madre y de Longyan. La lucha de ambos por impedir que la viuda del general Wu Huan la vendiera a un prostíbulo. La nobleza que demostró mi padre al aceptar salvarla de tan fatal destino. Después, alentada por sus muestras de cariño, también le conté su muerte al darme a luz.

Ella y sus amigas se sintieron conmovidas.

—Ve a llamar a tu eunuco —me indicó—, iremos al mirador y compartiremos nuestra comida con vosotros.

Así lo hice e informé a Longyan de la invitación a comer. Él no puso reparos. Estaba complacido.

—¿Os encontráis ya mejor, señorita? —le preguntó con una inclinación de cabeza.

—Sí. Tengo menos molestias, gracias.

Ayudó a las jóvenes a llevar las sillas de tijera y las cestas que cargaban. Pasamos a través de una salida de la cueva.

Debajo del despeñadero pasaba el río. Desde allí podía contemplarse toda la hermosura del lago del Oeste. Los tejados grises de las villas de recreo asomaban entre la espesa vegetación de las laderas de los montes.

—Preparad algo de té. Estoy sedienta —pidió a sus amigas.

Ellas se apresuraron a sacar una pequeña estufa para hervir agua que apoyaron sobre una roca plana. La alimentaron con un poco de carbón vegetal. Sacaron unos pastelillos salados de grasa de ganso fritos que no estaban al alcance de cualquier bolsillo. Pero lo que terminó de asombrarme fue que sirvieron té negro con esencia de bergamota en tazas de *qingci* craquelado. Longyan me miró con un gesto suspicaz que no le pasó desapercibido a la joven, que hundió la mirada en el suelo y se sinceró.

—En realidad no soy quien aparento. Viajo de incógnito. Soy una concubina imperial.

Longyan, al escuchar aquello, se arrodilló con un *kautou* y posó nueve veces la frente en el suelo. El protocolo obligaba a rendir a la dama pleitesía de alteza.

Ella, apremiada por su gesto, le ordenó que se levantara.

—Por favor, sigamos con el juego, buen eunuco. No imagináis lo terrible que sería que alguien me descubriera.

Nos contó que era una de las concubinas del emperador Duzong. Se calificó a sí misma como *shufei*: concubina pura de segundo grado, por debajo de la emperatriz, y con derecho a engendrar hijos del emperador. También ostentaba el título de señora talentosa, pues tenía gran habilidad en el dibujo y sus bordados eran muy afamados en la corte.

—Será más seguro para todos que no os dé mi nombre imperial. Podéis llamarme Mariposa Blanca.

Sus ojos se perdieron en el paisaje cautivador del lago. La luz del sol caía en tonos sepia sobre sus aguas. El perfume de los árboles de la canela nos llegaba a rachas dispersas.

—Ser concubina imperial es un gran honor; sin embargo, entraña un sacrificio sin límites —prosiguió—. Conozco concubinas que jamás llegaron a conocer al antiguo emperador. Son ya venerables ancianas. Viven en su palacio, ajenas al mundo exterior. Matan el tiempo bordando zapatos y ropa para los príncipes. Algunas, sin embargo, han perdido la razón y pasan sus días y sus noches deambulando por los corredores de los aposentos como poseídas por algún espíritu oscuro.

Su bello rostro se entristeció. Yo le dirigí un gesto afectuoso. Sentía su pena y su miedo.

—Durante nuestra estancia en palacio, a ninguna concubina se nos permite comunicarnos con el mundo exterior, ni siquiera por correo. Vivimos recluidas en el Hougong o Palacio Posterior, donde los hombres tienen prohibida la entrada. Si estamos enfermas, tampoco puede entrar un médico en nuestros aposentos. Una *nushih* o maestra es la encargada de apuntar la descripción de nuestros síntomas en un papel y el jefe de eunucos le presenta la nota a un médico imperial. Este, a su vez, escribe la prescripción y la forma de administrarla y se la entrega a él.

Que un médico no pudiera proceder al examen de la enferma o a una palpación era un problema serio para llegar a un diagnóstico, pero que tampoco tuviera la oportunidad de hacerle el cuestionario pertinente no lo era menos. En el arte de la medicina tradicional el interrogatorio al enfermo era clave. Me dirigí a ella poniendo cuidado en observar las reglas de cortesía al hablar, dado el rango que ostentaba.

—Entonces, perdonad mi curiosidad, ¿cómo habéis podido venir hoy al monte Wulin?

—Urdiendo un engaño. Pedí permiso a su majestad para que me dejara visitar a mi familia, alegando que mi madre se encontraba muy enferma. Ella ya estaba sobre aviso. Aunque para hacerle llegar una carta tuve que sobornar a varios eunucos. Una vez en la mansión de mis padres, burlé a la escolta imperial que custodia las puertas vistiéndome de sirvienta y escapando por una de las entradas del servicio. Cuando luego regrese, tendré que obrar del mismo modo.

—¿Y por qué arriesgaros así?

—Necesitaba pedirle a la diosa Guanyin un hijo. Ya he visitado muchas pagodas y tengo mis aposentos llenos de estatuillas de niño, pero los dioses no me han escuchado. De niña venía a menudo a este templo con mi madre. Tal vez la diosa de la misericordia se apiade de mí y escuche mis ruegos.

Eran muchas las mujeres que acudían a los templos a llevarse un hijo. En algunas pagodas se exponían pequeñas figuras hechas de arcilla con la forma de un niño. Las mujeres podían elegir una a su gusto, le pasaban una sarta de monedas por el cuello, a modo de collar, el bonzo le daba un nombre y ellas se la podían llevar con la seguridad de quedar pronto embarazadas.

—No es un mero deseo caprichoso —prosiguió—. Siento verdadero pavor al pensar en el futuro que me espera si al final resulto ser yerma. Su majestad quiere más príncipes. Si no consigo engendrar, me repudiará. Ahora gozo de su favor, mas sé que no tardará en codiciar a otras más bellas que yo.

Me fue imposible no apiadarme de ella. La vi como un hermoso fénix encerrado en una jaula de jade.

—A lo mejor yo puedo ayudaros, alteza —dije con timidez—. Sé que solo soy una humilde jovencita sin título, pero me he aplicado mucho en los estudios y he observado a mi padre en su tarea desde que era muy pequeña.

—¿En serio crees que puedes ayudarme?

Asentí con vehemencia ante la severa mirada de Longyan, que me lanzaba una tácita advertencia. Se había quedado pálido.

—Creo que puedo llegar a un diagnóstico favorable —dije con toda la determinación de que pude hacer acopio, aunque me temblaban las piernas por mi osadía.

Las damas de Mariposa Blanca me miraron boquiabiertas. Ella hizo un aparte para consultarles su decisión. Longyan frunció los labios en un mohín de reproche, como diciéndome con esos ojos suyos tan cambiantes: «Os estáis metiendo en un buen lío, señorita. Su alteza no es una de las concubinas de vuestro padre».

La contestación de la dama no se hizo esperar.

—Acepto que trates mi enfermedad, sanadora Zheng. Sentí un vuelco en el corazón. Ya no había vuelta atrás.

—Entonces necesitaré haceros varias preguntas. Espero que me contestéis con toda sinceridad. Es importante.

Ella miró a Longyan y este se retiró discretamente para concedernos la intimidad necesaria.

—¿Son normales vuestros ciclos lunares?

—No. Sangro de tarde en tarde y es muy doloroso.

—¿Habéis sufrido algún aborto?

—No, pero no descarto que me hayan hecho tomar algún bebedizo para impedir que engendre. Sé que a algunas concubinas les suministran cenizas de loto a escondidas para evitar que se queden embarazadas. No todas las concubinas elegidas para el Hougong tienen derecho a concebir hijos del emperador. Algunas, para alcanzar un

estatus superior al que ostentan, urden tretas y sobornan a los jefes de eunucos para poder pasar una sola noche con su majestad.

Aquello me espantó.

Intenté centrarme en mi tarea. Le hice varias preguntas más sobre sus ciclos lunares. Luego quise saber sus hábitos alimenticios; el té que consumía y cuántas horas dormía. Ella me contestó sin poner objeciones.

—Si os parece bien, ahora os tomaré el pulso —le dije solicitando su brazo.

Una de sus damas colocó un pequeño cojín para que lo apoyara. Yo posé los dedos índice, corazón y anular sobre su muñeca y me concentré en sentir sus latidos. Enseguida percibí que el pulso sumergido era débil. Este punto correspondía a la zona del cuerpo que se comprende entre el ombligo y los pies.

—Veréis, Mariposa Blanca, yo diría que para alcanzar vuestro objetivo habrá que acometer dos frentes. El primero y más importante es estabilizar los ciclos lunares. Vuestro *qi* está muy débil. Os recetaré un tónico para fortalecerlo. Una vez hayamos conseguido que sangréis todas las lunas, el siguiente paso será lograr que engendréis. Aunque lo más probable sea que lo consigáis mientras dure el tratamiento, siempre y cuando seáis buena paciente y la receta se elabore de la forma prescrita.

Ella asintió con una sonrisa radiante. Yo le devolví un gesto de aprobación y proseguí con mi diagnóstico.

—Vuestras emociones tienen un papel muy importante en el desarrollo de la enfermedad. Debéis intentar no preocuparos tanto. También es aconsejable que mantengáis el vientre y el ombligo calientes cuando estéis con el ciclo lunar. Abrigaos bien esa zona, sobre todo por la noche. Y una última recomendación: la receta que os he

prescrito lleva ginseng, sería conveniente que durante el tratamiento toméis menos té, si no, vuestro reposo nocturno se verá alterado.

Me cogió las manos con una amplia sonrisa de gratitud.

—En verdad sois maravillosa, pequeña sanadora.

Pidió varias piezas de plata a una de sus damas. Yo me negué en redondo.

—Por favor, con lo que me habéis dado por curaros antes ya es suficiente. Me sentiré mal si me obligáis a aceptarlo.

Ella accedió reticente. Me dispuse entonces a escribir los ingredientes de la receta y las pautas para elaborarla. Algunas hierbas tendrían que ser cocidas en miel y otras en vino. Longyan abrió su estuche de pintura. En él llevaba varios pinceles, una piedra de moler tinta y varios rollos de papel de arroz. Me tomé mi tiempo para que mis caracteres fueran lo más claros posible y cuando terminé se lo entregué con una reverencia.

—Antes de despedirnos, te pediré una última cosa, sanadora Zheng. Te ruego que guardes el secreto de nuestro encuentro —me imploró, aunque no era necesario. Yo jamás traicionaría la confianza que ella había depositado en mí—. Nadie debe enterarse de mi problema de salud. Hasta ahora he conseguido engañar al jefe de eunucos con las fechas de mis ciclos lunares, pero sé que si se enterara haría todo lo posible para evitar mis encuentros con el Hijo del Cielo. Siempre nos advierte que la simiente del Dragón no se puede desperdiciar en juegos de alcoba que no servirán para engendrar herederos.

—Perded cuidado, alteza. Mis labios están sellados.

Yo, a cambio, le pedí que cuando llevara dos meses de tratamiento mandara algún mensaje a la farmacia de mi padre poniéndome al corriente del desarrollo de su enfer-

medad. Debía comprobar si la receta era efectiva o necesitaba alguna modificación. Ella aceptó hacerlo, a pesar de que le resultaría muy difícil, dada la estricta disciplina a la que estaba sometida. Después me hizo un último regalo. Una botella de vino de flor de ciruelo.

—Cinco bendiciones —me deseó a modo de despedida—. Tómallo en alguna celebración especial y acuérdate de mí, sanadora Zheng.

Después de despedirnos, Longyan y yo tuvimos que darnos prisa para llegar a tiempo a los templos donde depositaríamos las peticiones de las mujeres de mi casa. Nos demoramos más de lo previsto en nuestra visita a las monjas budistas. Ya anocheecía cuando al fin nos reunimos con los portadores que nos llevarían de regreso a Lin'an.

Ya en el palanquín, no pude resistirme a mirar dentro del pañuelo que me había entregado la concubina imperial. Sabía que me estaba dejando llevar por mi orgullo, pero me picaba la curiosidad.

Eran dos piezas de plata.

Las dejé escurrir entre mis dedos. Longyan las miró como si fueran reliquias de un pasado remoto. Tenían grabadas en los lomos una flor de gardenia. A mí me parecieron tan bonitas que pensé que las guardaría el resto de mi vida. El encanto del pañuelo donde estaban envueltas no se quedaba atrás. Estaba elaborado en gasa de seda y lucía un laborioso bordado de hilos de oro y plata que representaba un ave fénix. Aquel era el símbolo de las emperatrices y las concubinas imperiales.

—¿Crees que Mariposa Blanca será feliz si consigue un hijo? —le pregunté a Longyan.

—Me temo que en la vida de las concubinas suele reinar la amargura, amita. Ellas suponen para muchos hombres una esperanza de amor verdadero cuando se ven atrapados en un matrimonio de conveniencia. Son un escape a la oposición de la familia por la diferencia de clases. En Japón, a las concubinas favoritas se las llama «Refugio». Un apelativo hermoso, con un gran significado. Sin embargo,

para ellas implica la larga espera, la sumisión absoluta y la renuncia. No tienen derecho a opinar sobre asuntos familiares y tampoco pueden criar a sus propios hijos, los cuales les son arrebatados al nacer por la esposa oficial.

Sí, Longyan tenía razón. Muchos hombres no amaban a sus esposas y buscaban consuelo en sus concubinas. Pero ¿dónde se refugiaban ellas en busca del amor verdadero? ¿Dónde me cobijaría yo si mi futuro marido resultaba ser un mal esposo, zafio, feo o viejo? En ninguna parte.

El camino de vuelta se me pasó en un suspiro. Estaba demasiado emocionada por lo ocurrido en el monte Wulin como para pensar en otra cosa.

Los fanales de las tiendas y de los puestos ambulantes estaban prendidos cuando llegamos a las inmediaciones de la farmacia. A pesar de lo tarde que era, el patio delantero estaba a rebosar de pacientes.

Longyan torció el gesto.

—O vuestro padre lleva muy retrasada la consulta hoy, o es que a todo el mundo le ha dado por ponerse malo al mismo tiempo.

—A lo mejor ha tenido que salir a visitar a algún enfermo y ha dejado al cargo al estudiante Xiong Kun. Aunque él es muy diligente y me extraña esta acumulación de pacientes.

Él asintió con los ojillos entornados mientras el palanquín doblaba la esquina de la calle para llegar hasta la puerta de atrás.

Tras los portones, el olor familiar de las flores de osmanto me trajo la agradable sensación de estar de nuevo en casa. Varios quemadores del jardín estaban prendidos, y los ruiseñores de las jaulas todavía trinaban, ajenos al anochecer.

Al entrar, escuchamos los gritos de la cocinera rega-

ñando a Luna de Plata y la voz atiplada de la dama Yan cantando los pasajes de su ópera favorita, acompañada al arpa por Caracola, su criada, con más interés que arte. También llegó hasta mí el bullicio sin fin que provenía del fondo del pasillo, donde los laboratorios de la farmacia se comunicaban con el pasaje que daba a las dependencias de las mujeres.

«Sí —pensé—, estoy en casa.»

Longyan llamó a Luna de Plata y esta acudió presta para escabullirse de los regaños de la cocinera.

—Lleva las cosas de la amita a su habitación y prepáranos algo de té, que venimos muy cansados.

Nos disponíamos a subir la escalera cuando nos sorprendió ver a Albaricoque, la criada de la dama Lixue, tirada boca abajo junto a la puerta del sótano. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar. A través de la tela de su túnica se apreciaban varias líneas verticales de color rojo a la altura de los muslos. Las marcas indiscutibles de que había sido castigada con la vara de cerezo. Me dio una lástima horrible. La pequeña apenas había cumplido los diez años. Era poco menos que un plantón de bambú. En cuanto me vio se incorporó trabajosamente y se arrodilló ante mí.

—Mi ama perdió su colgante de espejito —me dijo con la voz quebrada—. Se lo quitó para dormir y yo lo dejé en el joyero, tal y como ella me ordenó. Al despertarme fui a buscarlo para dárselo y ya no estaba. Alguien lo había robado. La señora Zheng me llamó ladrona. Ordenó que me dieran tres varazos y me ha quitado la paga de un mes. Ella misma se encargó del castigo. Mientras me pegaba, el espejuelo apareció en el joyero como por arte de magia. Mi ama se apresuró a detener el castigo y la señora, enfurecida, discutió con ella. La encerró con llave en el sótano y nadie le ha traído comida en todo el día.

Enarqué las cejas.

—¿Cómo se ha atrevido madre a castigarla estando embarazada? ¿Está al tanto de este enredo mi padre?

Ella negó con ímpetu.

—El ama prohibió que se informara al señor, porque le duele la cabeza y lleva acostado todo el día.

Miré a Longyan con el ceño interrogante.

—Está bien, Albaricoque, sube conmigo a mi cuarto para que te cure.

Una mujer embarazada debía evitar cualquier encuentro negativo, como la asistencia a entierros o las visitas a los enfermos, las discusiones y los disgustos. Era costumbre que, además de vigilar con ojo de halcón todo lo que comía, para evitar así los alimentos prohibidos, llevara colgado un pequeño espejo de bronce pulido cuyo cometido era mantener alejados los malos espíritus que pudieran perjudicar al niño. Me pareció lamentable la conducta de madre. Tenía que haber investigado a fondo el asunto del robo antes de sentenciar sin pruebas a un criado. Ella, la esposa oficial, tenía el poder de mantener el orden y castigar tanto a los sirvientes como a las concubinas cuando se comportaban mal o se habían producido hurtos. También tenía bajo su custodia todas las llaves de la casa, las llevaba colgadas de su cinturón, junto con algunos candados. Solo ella podía abrir la despensa donde se guardaban los alimentos, los rollos de tela, las velas, el aceite para las lámparas y los vinos.

Mientras curaba las heridas de Albaricoque, pedí a Longyan que hablara con mi padre sobre lo ocurrido. En mi interior deseaba que reprendiera a la dama Lin duramente, ya que a mí no se me permitía interferir en los asuntos domésticos. Ese era su dominio y lo defendía con uñas y dientes.

—Amita, será mejor que vayamos juntos. Él querrá veros después de haber estado fuera todo el día.

—Está bien. En cuanto termine bajaremos.

Me demoré bastante en mi tarea. Madre se había empleado a fondo en golpear con la vara a la criada y algunas de las heridas eran profundas. Cuando al fin pudimos bajar a los aposentos de mi padre, que estaban en otra ala de la casa, escuchamos voces que provenían de la habitación. Nos asomamos poniendo cuidado en no ser vistos.

—No debéis criticar mis decisiones, mi señor —dijo madre—. Al fin y al cabo soy una esposa sin hijos varones. Mi posición en esta casa estará siempre en entredicho. La decisión está tomada. Criaré al hijo de la dama Lixue. En cuanto nazca me lo llevaré a mis aposentos y contrataré a una nodriza para que lo amamante.

—Deberías reflexionar, esposa mía. Ella será una buena madre para el pequeño. Además, la tradición aconseja que la concubina colabore en la educación si se trata de un varón. No podrás negarte. Ambas lo criaréis juntas hasta que cumpla los seis años. Ahora bien, si nace una mujercita, harás lo que te venga en gana.

Ella le lanzó una mirada envenenada, llena de celos y de ira, pero no gritó. El timbre de su voz no varió un ápice.

—Ya veo que esa pequeña zorra os ha enredado con trucos de prostituta barata para que me neguéis el derecho que me corresponde. No sois más que un viejo tonto. Ha conseguido que comais en la palma de su mano.

Longyan, al percibir el cariz que estaba tomando la discusión, intervino al punto. Entró en los aposentos haciendo una reverencia y se colocó a los pies de la cama.

—Venimos a interesarnos por la salud del maestro. Nos han informado de que os encontráis mal, mi señor.

La dama Lin lanzó un bufido de fastidio al ver su discusión interrumpida y salió del dormitorio sin despedirse.

—Acercaos —nos dijo mi padre, obviando el desaire de madre—. Os agradezco vuestra preocupación. Solo se trata de un malestar pasajero. Un inoportuno dolor de cabeza sin más consecuencias.

Palmeó el lado derecho de la cama para que me sentara. Yo obedecí con una sonrisa. Me tomó de las manos. Las suyas estaban como el hielo.

—Hija mía, cuéntame, ¿has hecho tus peticiones en el templo? ¿Te acordaste de orar por el alma de tu pobre madre, la dama Zhu?

—Sí, padre. Ella siempre está presente en mis oraciones y vos también.

Sonrió débilmente. Lo noté fatigado y tenía unas oscuras sombras bajo los ojos.

—Eres una buena hija. —Me acarició el rostro con ternura y me indicó que le acercara la tisana que reposaba en una mesita. Antes de llevársela la olí para ver qué medicinas contenía. El inconfundible efluvio del escorpión y el del ciempiés llegaron hasta mí, también el sutil aroma del gusano de seda yerto y blanco. Cerré los ojos con fuerza. Aquello significaba que mi padre había tenido de nuevo convulsiones. Era la tercera vez en lo que iba de año.

Él, ajeno a mi indagación, prosiguió hablando.

—Tu madre ya te habrá contado que mañana esperamos la visita de la casamentera...

En aquel momento hubiese querido reprocharle mil cosas, mostrarle de la manera más dura mi tajante oposición a ese casamiento, pero al verlo encamado, sin apenas fuerzas para hablar, me faltó valor. De cualquier modo, pensé que sería una pérdida de tiempo intentar defender

mi postura ante él. No cedería. Nunca lo hacía cuando tomaba una decisión.

—Sí. Madre ya me lo ha contado. Haré lo que me ordenéis, padre.

Él se incorporó en la cama con gran esfuerzo y me besó la frente como premio a mi obediencia. Yo le acerqué la taza a los labios para que se tomara el amargo tónico. Longyan, siempre atento, le ofreció un cuenco de agua para que se enjuagara la boca y una toalla.

—Padre, ¿me permitís que os tome el pulso? —le pregunté preocupada.

Él negó con vehemencia.

—Te digo que estoy bien, Akame. Además, ya me ha visitado el maestro Cao y me ha prescrito una receta.

Me sentí muy dolida en mi amor propio. Mi padre no confiaba en mí a pesar de que con solo quince años me aprendí de memoria las recetas diseñadas por Chen Shi Wen y Pei Zhong Yuan. Eran las mismas que aprendían los estudiantes en la Universidad de Lin'an. Por más que me esforzaba, él jamás veía mis méritos ni mi valía.

—Por cierto —prosiguió ajeno a mis devaneos—, el maestro preguntó por ti, pero le dije que habías ido al templo. Se apenó mucho por tu ausencia. Quería enseñarte unos huesos de dragón que le han traído de la cuenca del río Amarillo.

El maestro Cao era uno de los mejores médicos de Lin'an y un buen amigo de mi padre. Regentaba una farmacia y tenía abierta una consulta a poca distancia de la nuestra. Ambos habían sido alumnos de un antiguo médico imperial y su amistad se consolidó a lo largo de los años. Me apenó no haberlo visto, porque era muy amable conmigo y siempre que le consultaba algo sobre medicina o farmacopea no dudaba en contestarme con detalle, inclu-

so manteníamos largos debates sobre diagnósticos. Yo lo consideraba mi segundo maestro.

—Longyan —demandó mi padre—, quiero que intercedas por la dama Lixue sin que parezca que yo te lo he ordenado. Cuida de que le lleven una bandeja de comida. En su estado no debe ayunar ni tener disgustos. También necesito que eches un vistazo a la consulta para ver cómo se las apaña el joven Xiong, e igualmente tendrá que parecer que no te he mandado yo a espiarlo o se sentirá ofendido. Espero estar completamente restablecido mañana. —Se masajeó las sienes con un gesto de dolor—. Me encuentro muy cansado y necesito dormir. Ordena a los criados que no me molesten bajo ningún concepto.

Mi eunuco asintió con un *kautou*. Deseé buenas noches a mi padre y ambos nos retiramos.

Cuando estuvimos lo suficientemente alejados del dormitorio, no pude evitar quejarme por la actitud de mi padre, pero no solo hacia mí, sino también frente a su enfermedad.

—Creo que está más enfermo de lo que intenta aparentar. Si al menos me hubiese dejado tomarle el pulso...

—No hay peor paciente que un médico, amita. Él jamás permitirá que lo diagnostiquéis.

Asentí con tristeza y frustración.

Acudimos al comedor para cenar. Comprobé que la dama Lixue no estaba sentada a la mesa. Miré a madre. Ella esquivó mis ojos y dirigió su atención a Longyan.

—¿Te acordaste de entregar mi donativo a las monjas budistas?

—Sí, mi señora. Me dieron las gracias y me preguntaron si tendríais algunos vestidos viejos o retales sobrantes para hacerse zapatos. Al parecer estaban muy necesitadas. Han llegado más de diez novicias nuevas. Viudas jóvenes

sin hijos, casi todas. También me dijo que si os sobraban algunas raíces de ginseng lo agradecerían, que no importaba si eran trozos pequeños y de mala calidad. Hay varias novicias enfermas. No comen ni beben. Se están dejando morir de «mal de amor».

La concubina Yan y varias de las criadas que estaban en una mesa aparte lanzaron sonoros suspiros. «Qué romántico», dijo la concubina con una mueca lánguida. Sin embargo, madre puso los ojos en blanco. El mal de amor era algo bastante común entre las jóvenes. Los matrimonios impuestos y las rígidas normas familiares propiciaban que muchas damas se negaran a comer y a beber para morir de inanición antes de verse atrapadas en un matrimonio sin amor. Muchas, repudiadas por sus familias, acudían a refugiarse a los conventos budistas.

—Veré qué puedo hacer por ellas —dijo después de meditarlo largo rato, mientras tomaba con los palillos una succulenta tajada de cerdo Dongpo—. No soy tan rica como van diciendo por ahí. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos por ceñirme al presupuesto de la casa. Cada vez hay más gastos y las piezas de plata no manan de una fuente.

—Pues por mi parte —intervino la dama Yan— voy a donar dos sartas de monedas.

—Eso no podrá ser —respondió madre—. Olvidas que me debes cuatro sartas a mí. Te las dejé prestadas hace dos meses y todavía no me las has devuelto. Lo tengo apuntado en el libro de cuentas.

La concubina sonrió con desdén.

—Tienes una memoria digna de ser admirada, querida Lin. En cuanto cobre el estipendio de este mes, pagaré lo que debo.

No era extraño que tanto las concubinas como los criados pidieran fiado a madre. Tampoco que empeñaran sus

objetos de valor cuando se veían apurados. Ella los guardaba en la despensa y cuando al fin le devolvían el préstamo, se los restituía. Las concubinas solían tener un sueldo estipulado dentro del presupuesto familiar para hacer frente a pequeños gastos, tales como donativos a los conventos o enseres personales: cosméticos, perfumes, horquillas y peinetas. Este estipendio estaba sujeto al patrimonio de la casa donde vivían. En el caso de las damas Yan y Lixue, recibían una cantidad casi simbólica.

Cuando terminamos de cenar, Longyan y yo nos retiramos a mis aposentos a descansar. Antes decidí ir a la biblioteca para coger un libro sobre medicina. Pasamos por delante de los laboratorios. La puerta estaba abierta de par en par porque hacía mucho calor. No pudimos evitar escuchar parte de la conversación que tenían dos de los operarios de la farmacia, Long Bao y Long Jie, que eran hermanos y llevaban más de veinte años trabajando con mi padre.

—Para combatir la voz ronca, el *hezi* se utiliza crudo —dijo Long Bao—. Sin embargo, el sobrino de la señora Zheng ha anotado que tengo que freírlo en vinagre. Me niego en redondo a elaborar esa receta.

—Sácalo de su error o tendremos problemas —le contestó su hermano Long Jie—. Si el paciente empeora y su familia se queja ante el maestro, él vendrá a pedirte explicaciones a ti.

Ellos no eran médicos, pero sí herboristas experimentados. Conocían a la perfección las hierbas y los productos de la medicina tradicional, sus usos y las diversas formas de prepararlos.

Longyan decidió intervenir para resolver el problema.

—El maestro ha dicho que no lo moleste nadie. Decidme, ¿acaso no es el estudiante Xiong quien está atendien-

do a los enfermos? Me ha parecido escucharos que era el sobrino de la señora Zheng.

—Así es —respondió Bao—. Ella nos ordenó que lo avisáramos a él.

Longyan frunció el ceño, extrañado.

—¿Cuántos pacientes quedan por atender?

—Tres —contestó Jie—. Dos de ellos necesitan que les preparemos las recetas. Son de difícil elaboración. Hoy tardaremos en cerrar.

—Está bien. Pasaré por aquí a la hora del cerdo para ver cómo va todo. Mañana hablaré con el maestro sobre lo ocurrido, perded cuidado. Le explicaré todo con detalle para que no haya malentendidos.

Hice un gesto de enojo. Madre no solo había actuado por su cuenta, a espaldas de mi padre, sino que también había tomado una mala decisión. Su sobrino no era merecedor de la confianza de mi padre. Lo consideraba un mal estudiante y un zángano. Y razón no le faltaba, viendo el lío que reinaba en la consulta.

Cuando Longyan fue a pedirle explicaciones, ella se mostró de lo más calmada. Se la notaba segura de sí misma, como si no temiera la furia de mi padre por desobedecerlo.

—Así es —contestó fríamente, sin despegar la vista de la labor de bordado—. Creo que Li Rong es mejor médico que ese estudiante al que aprecia tanto mi esposo. Además, no tengo por qué darte cuentas de mis actos, Longyan. No eres el mayordomo de esta casa, aunque a veces lo parezca por las libertades que te tomas. —Levantó la vista de su bastidor y me miró con una mueca de reproche, pues mi eunuco era de mi responsabilidad. Yo le sostuve la mirada sin replicar. No le daría ese gusto.

—No os falta razón, mi señora —dijo él humillando el

rostro—. Quería cerciorarme del asunto y, de paso, interceder por la dama Lixue. Me han dicho que lleva todo el día encerrada y sin comer.

—Te preocupas en vano, eunuco. ¿No pensarás que iba a dejarla dormir en el suelo toda la noche, en su estado? Eso hubiese sido muy cruel. Ya he abierto la puerta y he ordenado que le suban la cena a sus aposentos. Sé que soy muy dura, pero en el fondo tengo buen corazón. Todos en esta casa lo saben.

Su sonrisa me heló la sangre. Dio por concluida nuestra conversación, deseándonos buenas noches.

—Que descanséis, madre.

—No olvides cuidarte los pies. Seguro que hoy los has maltratado a conciencia.

Hice una pequeña inclinación de cabeza y salí del cuarto.

Al pasar por las habitaciones vimos a la dama Lixue vomitando. La pequeña Albaricoque se esforzaba en no hacerlo ella también y el orinal que sujetaba osciló peligrosamente sobre el lecho.

—Ve a la cocina para que preparen una infusión de jengibre —le pedí a Longyan—. A ver si así se le asienta el estómago. Y ordena a una de las criadas que suba a vaciar el orinal. Albaricoque está que se muere del asco.

Aquella noche dieron el gong de la hora de la rata cuando al fin puse la cabeza en la almohada. Había sido un día muy largo y el que me esperaba al día siguiente no lo sería menos. No olvidaba que la casamentera y el adivino vendrían por la tarde. Se me encogía el corazón con solo pensarlo.

La sala de coser olía a néctar de tamarindo. Las ventanas estaban abiertas de par en par y las celosías habían sido retiradas para que entrara más luz. Daban al jardín interior. El sol creaba reflejos en el estanque y sobre la pagoda del puente. La dama Yan bordaba una mariposa a punto de sombra. No era una labor difícil, pero sí vistosa. Sus ágiles dedos empujaban la aguja con una destreza de bailarina. Sin embargo, la concubina Lixue no cosía. Estaba echada sobre un colchón recubierto de fresco bambú. Albaricoque le daba aire con un abanico de plumas. En cuanto se descuidaba, perdía el ritmo y se quedaba embozada mirando el jardín.

Dejé mi labor sobre una mesita de boj y me asomé al balcón para admirar el estanque. Podía pasarme horas ante aquella cuadrícula de agua donde los nenúfares flotaban livianos y las carpas de colores buceaban al ras de la superficie. No pude evitar pensar que, en cierto modo, ellas se asemejaban a mí. Nada les faltaba, pero eran tan prisioneras como yo.

El matrimonio era considerado un deber. Una alianza entre familias. El amor estaba excluido. Si con el tiempo llegaba, se consideraba un regalo del cielo. Esta cuestión, al igual que el vendado de los pies, era algo que teníamos

asumido desde niñas. Sin embargo, en mi interior guardaba la esperanza de que mi futuro marido fuese un joven apuesto, noble y de grandes ideales como el joven Xiong Kun. En mi mente siempre imaginé a un guapo muchacho que con solo mirarlo me pusiera colorada como un melocotón. Había oído cosas sobre el amor: cosquillas en el estómago, escalofríos, migrañas de debilidad por falta de apetito. Y a mí me parecían síntomas de una enfermedad difícil de diagnosticar. Ahora bien, también había escuchado hablar de amor a las criadas. Ellas no eran tan bucólicas. Decían cosas como que no había mayor felicidad que sentir entre los muslos la cálida simiente del ser amado. Eran las mismas mujeres que luego se lamentaban de haber cogido purgaciones más propias de prostitutas que de señoras casadas y echaban pestes sobre lo infieles que eran sus maridos. A mi modo, tenía mi propia opinión del asunto.

Yo estaba al tanto de que la casamentera y el adivino ya estaban en el salón. Madre había ordenado preparar una merienda a la altura de una casa de nuestra posición. No éramos ricos como otros comerciantes, pero casi todas las familias, ya fuesen pobres o pudientes, intentaban ofrecer lo mejor de sus despensas, aunque para ello tuvieran que endeudarse. Una boda era todo un acontecimiento. Y el primer paso del ritual pasaba por aparentar ante la *meipo*, la casamentera. Era necesario para llegar a un buen acuerdo. Si ella se llevaba una mala impresión, las negociaciones no saldrían adelante.

La aparición de Agua Clara, una de las criadas de madre, me sacó de mis pensamientos.

—Señorita, me manda la dama Lin para que bajéis al salón.

El corazón me dio un vuelco.

Longyan se apresuró a colocarme un mechón rebelde detrás de la oreja y me alisó el vestido. Un *hanfu* que las concubinas habían confeccionado en secreto para la ocasión. Era de un matiz verde agua, con dibujos de hierba en el bajo y varias mariposas, a juego con mis zapatos. Luego me pellizó levemente las mejillas y me indicó que me mordiera el labio inferior con cuidado para sacarle un poco de color. No se me permitía utilizar maquillaje hasta el día de mi boda.

La dama Yan me acopló una de mis horquillas de flores y la dama Lixue me sonrió desde el colchón.

—Estás muy hermosa. Vas a causar una gran impresión. Dentro de nada, te verás tan redonda como yo. Te deseo «diez embarazos», querida Akame.

No sabía si reír o llorar. Todo estaba ocurriendo tan deprisa que me daba vértigo.

Por último, Longyan me puso dos gotas de mi perfume preferido detrás de las orejas y en ambas muñecas. Una esencia de lirios azules. Me las froté suavemente.

Salimos del cuarto de coser y bajamos hasta la planta baja para tomar el pasadizo que llevaba al ala derecha de la casa. Antes de entrar al salón, me echó un último vistazo de aprobación.

—La espalda más recta, señorita —me indicó tomándome por los hombros y llevándolos ligeramente hacia atrás—. Y esbozad una sonrisa, pero no demasiado abierta. Enseñar los dientes es de mala educación. Que sea dulce. Y no os olvidéis de humillar la mirada. Eso le gustará a la *meipo*, la señora Chen. Y si ella está contenta, también lo estará Pequeño Lobo, el adivino. Así nos hará un buen pronóstico.

—Basta ya, Longyan —lo regañé bajito—. Ya estoy lo bastante nerviosa sin que tú me des consejos.

Él aguantó la risa y me abrió la doble puerta del salón. Dirigió mis pasos hasta la zona de estar, situada al fondo, separada del comedor por varios biombos lacados. Hizo un *kautou* a los presentes y se colocó tras el respaldo del butacón de mi padre. Me alegré al comprobar que se había levantado para recibir a la visita. Estaba un poco pálido, pero sonrió al verme.

Por unos instantes reinó un silencio absoluto. Yo clavé la mirada en el suelo, tal y como me había aconsejado Longyan. Aun así, no pude remediar mirar de reojo a la *meipo* y al astrólogo. Ella iba vestida de forma llamativa, con un maquillaje muy recargado y un peinado alto coronado por una tiara de flores. Lucía un lunar pintado sobre el lado derecho del labio superior. El adivino llevaba la túnica ceremonial y un sombrero cuadrado. Sus finos bigotes le llegaban al pecho. Ambos escudriñaban con curiosidad morbosa a mi eunuco. Aquello era bastante habitual entre las visitas porque era extraño ver uno fuera de la Ciudad Imperial, pues solo las grandes familias y los aristócratas podían permitírselo. Hasta ese momento no me había fijado. Estaba muy elegante con una túnica en tonos ocres y con anchas cenefas marrones en los bordes, rematadas con hilo dorado. No llevaba sombrero. Se había recogido el pelo en la coronilla con un pasador y una aguja de madera lacada. Era un *ji* sencillo, pero muy vistoso.

—Y decís que el eunuco es parte de la dote de la señorita Zheng... —dejó caer la señora Chen, al tiempo que daba un sorbo al té y se servía un buen cucharón de judías anisadas.

—Así es —confirmó madre—. Donde vaya mi hija irá él.

La mujer asintió complacida. Se levantó para acercarse a mí. Me inspeccionó como si fuese una mercancía. Lo

primero que le interesó fueron mis pies. Se agachó, me subió el bajo de la túnica y los estudió con atención.

—Son unos lotos perfectos. Su suegra no pondrá objeciones —dijo con un gesto de aprobación.

Acto seguido me tomó de la barbilla y movió mi rostro a ambos lados.

—Tiene una barbilla arrogante, aunque combina bien con sus labios carnosos. Las cejas son demasiado gruesas. Habrá que depilarlas un poco más hasta que tengan la forma de una media luna. Los ojos son de fénix. Expresivos y brillantes. Son lo más hermoso que tiene. Una línea de *kohl* sobre el párpado superior los convertiría en gloriosos y, quién sabe, tal vez mitiguen ese aire de desafío que tiene en la mirada. Ser «tigre» es cuando menos un punto desfavorable. Podríamos utilizar la argucia de cambiar su año de nacimiento para que su horóscopo fuese otro más propicio. Nadie quiere meter un tigre en su casa.

Madre asintió mientras servía más té al adivino, que comía pipas de melón tostadas y se abanicaba con desgana.

—Aceptaré vuestros consejos, señora Chen. Aunque muchos pensamos que ser tigre es, a veces, una gran ventaja. Son rebeldes e impulsivos, sí; pero también cariñosos y humanitarios. Además, les gusta llevar el liderazgo y saben cómo influir sobre los demás. Eso puede ser bueno en una casa llena de mujeres.

La casamentera le dispensó una sonrisa educada. Luego pasó a examinarme los hombros y las manos.

—Bien. Unos hombros estrechos y armoniosos. Las manos suaves y cuidadas. Dedos largos para tocar el *qin* o el *konghou*. —Paseó a mi alrededor escudriñándome de arriba abajo—. En cuanto a su instrucción, tengo entendido que la señorita sabe leer y escribir y que ha estudiado a los clásicos. También le gusta la poesía.

—Así es.

—¿Ya sangra con regularidad?

Madre asintió con la cabeza.

—Perfecto entonces —dijo satisfecha—. Por mi parte he terminado. La señorita ya puede marcharse.

Hice un gesto de obediencia y salí de la sala seguida por Longyan. No fuimos lejos. Salimos al jardín que daba al comedor y nos quedamos junto a una de las ventanas abiertas. Desde allí escuchamos a hurtadillas.

A través de la celosía podía ver al adivino. Tomó las dos tarjetas rojas con los ocho caracteres de los novios. En ellas estaban escritos el año del nacimiento de cada uno, la luna, el día y la hora. Meditó largo y tendido sosteniendo las dos tarjetas confrontadas entre las palmas de las manos y pasó a elaborar su predicción. Para ello se alejó hasta un escritorio que estaba en un rincón del salón donde habían dispuesto varios rollos de papel de carta color rojo, una selección de pinceles, una barra de tinta y una piedra de *duan* para molerla.

Se quemaron cuatro varillas de incienso antes de que el adivino al fin terminara su pronóstico. En ese tiempo, la casamentera se limitó a tomar varias tazas de té y dar buena cuenta de los aperitivos, mientras ponía al día a madre sobre los últimos casamientos que había concertado. Chismorreos incluidos.

Ambas guardaron silencio cuando el adivino se levantó del escritorio.

—Son compatibles —sentenció él—. Sus temperamentos son muy parecidos y tienen gustos afines. La fecha más propicia para la boda es el duodécimo día del mes del crisantemo. Luna creciente, presagio de buena fortuna.

La dama Lin miró a mi padre y este asintió con un leve gesto.

—En el mes del crisantemo, pues —convino madre. Le ofreció un té y lo invitó a sentarse.

En ese momento sentí como si todo mi mundo se desmoronara bajo mis pies. Miré a Longyan con una mueca de pánico.

—Eso es dentro de dos lunas —le susurré—. ¿Por qué tan pronto? Creí que pasarían muchas estaciones antes de que se celebraran los esponsales.

—No lo sé, amita. Estoy tan asombrado como vos. No es costumbre elegir el día de la boda en la primera visita de la casamentera. Es muy inusual. En estas negociaciones se han saltado varios ritos de la petición de mano. Ignoro el motivo.

Volví mi atención hacia el interior.

—Y ahora que ya hemos ultimado la fecha de la boda —dijo la señora Chen— sería conveniente que el maestro Zheng se uniera a la conversación para tratar los términos de la dote y los regalos que recibirá la novia. Creo que quedaréis satisfecho con el trato. Será un matrimonio ventajoso para ambas partes. Aunque sé que mi intervención en este enlace es puro trámite, puesto que las familias son buenas amigas y ya han hablado entre ellas.

Aquello me dejó sin aliento. ¿Mis padres eran buenos amigos de la familia de mi futuro marido? ¿Quién sería él?

Escuchamos sonidos de pasos en el sendero de gravilla del jardín. Longyan me hizo señas para que nos marcháramos. Pero respiré hondo al ver que quien se acercaba era el estudiante Xiong Kun. Me sonrió con un gesto pícaro, dándome a entender que sabía que estaba espiando.

—Bonito día, señorita Zheng.

—Sí —dije algo azorada—. El jardín luce hoy esplén-

dido. Hay varias carpas nuevas en el estanque. Son preciosas.

Me hizo un gesto de cortesía a modo de asentimiento, sin dejar de esbozar una sonrisa socarrona.

Miré con temor hacia la ventana abierta del salón. Por unos instantes temí que se asomara madre al escuchar nuestras voces y me descubriera allí.

—Tendrás que disculparme, Kun —le dije en voz baja—. Me esperan a tomar el té en el cuarto de coser.

—No hay nada que disculpar, Akame —me respondió él en el mismo tono de secretismo—. Yo también llevo algo de prisa. Tu padre me ha mandado llamar para que me haga cargo de la consulta. Todavía no está restablecido del todo. Al parecer no quedó contento con la ayuda que le prestó ayer Li Rong.

Longyan intervino al punto.

—Así es. Yo mismo lo puse al corriente esta misma mañana sobre la mala gestión que llevó a cabo el sobrino de la señora Zheng. La consulta fue un caos.

Kun fue muy discreto y no dilató la conversación. Se despidió de nosotros con un *koutou* y se alejó a grandes zancadas.

Indiqué a Longyan que quería retirarme a mi aposento unos momentos antes de volver al cuarto de coser. Necesitaba serenarme. La precipitación de mi boda me había alterado el ánimo.

Al llegar a mis habitaciones vimos a Luna de Plata acostada en su jergón, al lado izquierdo de la cama. Pensé que se encontraba enferma, pero en cuanto nos vio se incorporó y exclamó:

—¡Me han buscado un esposo! Me lo acaba de decir la cocinera.

Me senté en mi cama, junto a ella.

—Dinos, ¿te han dicho de quién se trata?

—Es un comerciante de vinos de un pueblo del norte.
No sé nada más.

Le acaricié el rostro. Conocía a Luna de Plata desde que éramos niñas. Ella era un par de años mayor que yo y habíamos crecido juntas. Le brillaban los ojos y a mí se me escaparon las lágrimas. Nos abrazamos con fuerza.

Longyan nos dejó llorar lo que consideró oportuno. Luego nos reprendió cariñosamente.

—Basta ya de lágrimas, niñas. Al menos no se trata de un carnicero...

—Sí —dije intentando sonreír—. Has tenido suerte, Luna de Plata. A mí no me han dicho ni a qué se dedica mi futuro marido.

Mi eunuco pidió a Luna de Plata que fuera a la cocina a buscar té. Lo necesitábamos.

—Y trae tres tazas. Tú también lo tomarás con nosotros, pero se acabaron los sollozos. Una novia no debe llorar. Trae mala suerte.

Ella se marchó corriendo a la cocina con una sonrisa en los labios, mientras mi eunuco me tendía un espejo de mano con mango de marfil y un pañuelo.

Su pulida superficie de bronce reflejaba mi rostro mientras las lágrimas recorrían mis mejillas. Pensé que me estaba recreando en mi tristeza como lo haría una joven viuda bordando zapatitos para los bebés de sus hermanas o amigas.

Longyan arrastró con la yema del dedo una de mis lágrimas.

—El amor no es algo a lo que tengamos derecho —dijo parafraseando a cualquier mujer.

Lo miré fijamente a los ojos, un poco sorprendida por sus palabras. Sus iris cambiantes destellaron un halo de

tristeza. Sí. Era cierto. Las mujeres no merecíamos ser amadas. Eso nos repetían nuestras madres desde niñas. Él no era una mujer, pero se ponía a nuestra altura porque jamás conocería lo que era el amor. ¿Qué dama se enamoraría de un hombre castrado?

Cuando al fin llegó Luna de Plata con el té, nos lo tomamos en silencio. Como si aquello fuese en realidad un ritual secreto de despedida. También vi conveniente abrir la botella de vino de flor de ciruelo que me había regalado la concubina imperial Mariposa Blanca. Era una ocasión muy especial. Longyan se encargó de servirlo en unas hermosas copas de alpaca que habían pertenecido a su antiguo amo, el general Wu Huan. Fueron un regalo suyo.

Antes de cenar, volvimos a la salita de coser. Las bromas y los chismorreos de las mujeres se oían desde el pasillo.

—¿Imaginas a nuestra Akame casada? —cuestionó la dama Lixue jocosamente.

La dama Yan dejó escapar una risilla.

—Seguro que nada más conocer a su marido querrá hacerle un diagnóstico para comprobar si está sano. Pobrecito. Ella querrá tomarle el pulso en la muñeca y él le dirá que mejor se lo tome en otro sitio...

Todas rompieron a reír. Las criadas se morían de risa.

—Señoras... —dijo Longyan llamándolas al orden, meneando la cabeza, mas sin poder evitar un gesto jocosos.

—Eunuco, no seas chinche —soltó madre—. Solo son unas bromitas de nada. Nadie va a escandalizarse.

Su buen humor me escamó.

—No imagino a mi preciosa *guixiu* frente a su suegra. Todavía recuerdo a la mía al día siguiente de la boda. Al amanecer, fui a llevarle agua caliente con hojas de té para que se enjuagase la boca; ella me obligó a dejar el cuenco

encima de una mesita y con su bastón me subió el dobladillo de mi túnica para contemplarme los pies. «No son tan pequeños como los míos», dijo con un gesto de desprecio. Lo mismo hacía con mis labores. Las inspeccionaba siempre para poner a prueba la instrucción que yo había recibido de mi madre. También vigilaba mi higiene y mis perfumes. Hasta los polvos de albayalde me revisaba. Sin embargo, aquí estoy, madre de una hermosa mujercita que se va a casar muy pronto. —Me tomó de la mano y me la palmeó con suavidad—. El único consejo que puedo darte, hija mía, es que no seas como el perro de Lü Dongbin: jamás muerdas la mano que te da de comer. Sé agradecida y complaciente. Al fin y al cabo tienes suerte de que tu suegra sea una anciana dama. Según me han dicho, ya ha roto tres mortajas. Sería raro que rompiera una cuarta.

«Menos mal», pensé con ironía. Mi suegra debía de ser la mujer más vieja del Imperio del Centro. Y no me era ajeno el mal humor que algunas venerables ancianas se gastaban.

—¿Tres mortajas? —cuestioné anonadada.

—Así es. Según algunas criadas de la casa, tiene tan mal genio que ni la muerte se la quiere llevar. Tres veces estuvo a punto de morir, pero logró reponerse. La última, hace apenas un año. Se quedó tan delgada como la raspa de un pescado, pero ahora tiene buenas carnes sobre los huesos.

Me obligué a esbozar una sonrisa mientras las mujeres reían a carcajada limpia.

—No temas, Akame —añadió—, tu suegra no es inmortal; tarde o temprano beberá de las fuentes amarillas y tú ocuparás su puesto. Límitate a ser una buena esposa y madre. Y no olvides plantar lirios cuando tus hijos abando-

nen el hogar. Siempre habrá una guerra que los separe de tu lado.

Sus ojos se tornaron vidriosos. Adiviné en ellos la sombra de la pérdida. La dama Lin había tenido tres hijos varones; todos ellos murieron antes de cumplir el segundo año de vida. Si hubiesen sobrevivido, ya serían hombres. Aquel gesto de debilidad por su parte duró solo un instante. Se recompuso enseguida.

—Me estoy yendo por las ramas, hija mía. Se me olvidaba decirte lo más importante. El adivino nos ha sugerido que la fecha más propicia para tu boda es el duodécimo día del mes del crisantemo.

Todas lanzaron una exclamación de sorpresa. Yo tuve que fingir que no estaba al tanto. La miré fijamente a los ojos.

—¿Tanta prisa tiene padre por casarme?

Ella hizo un bufido, restando importancia a mi salida de tono.

—Bien sabes que tu padre es como una ternera recién parida. Si por él fuera, jamás te arrancarían de su lado. Es tu futuro esposo quien tiene prisa, querida Akame. Fue él quien impuso el plazo de la boda. Ten en cuenta que su madre es muy anciana. Imagino que querrá darle una alegría a la pobre mujer antes de morir. Ver casado a un hijo es el mayor regalo que puede tener una madre. Más cuando se trata de un primogénito. Es la promesa de la llegada de nietos varones. La continuidad del linaje familiar.

¿Mi futuro esposo era el que había exigido tanta premura para desposarse?

—¿Y quién es, si puede saberse? —exigí averiguar de una buena vez.

—No tengo autoridad para decirte algo así. Además, los novios no deben conocerse hasta el día de la boda. Así

lo manda la tradición y no seré yo quien infrinja las normas. ¿No querrás que la mala suerte se cebe con esta casa?

Me froté las sienes. Nadie me daría el nombre por más que yo me empeñara. No me quedaba otra que soportar mi angustia y orar para afrontar lo que el destino me deparara. Tan solo pedía que, al menos, él no se pareciera a mi futura suegra. Según me la estaba pintando madre, no era una buena mujer. Más bien parecía una bruja. Aunque si tenía que ser sincera, ¿qué suegra era buena? Algunas parecían vengarse con las nueras por la dura vida que habían llevado. Era como si al ostentar el poder en el reino de las mujeres quisieran abusar de él, humillando a las esposas de sus hijos de mil maneras. Y todo esto sin recibir a cambio réplica alguna por parte de ellas, so pena de llenar de vergüenza a la familia.

A mí no me daba miedo enfrentarme a la furia de mi suegra, puesto que yo vivía con la dama Lin. Me pareció solo un mero intercambio: una «serpiente» por una «rata». Después de todo, yo era un «tigre», por más que la casamentera me hubiera cambiado la fecha de nacimiento.